

AFRICA HABLA (1)

MIRADOR

“El Casino”. Estoy solo en aquel rincón retraído, donde la terracota de un fraile obeso que se repantiga sobre una barrica, el ámbito mate y las linternas de gas, aluden vagamente a bodegones flamencos. Un blondo jarro de cerveza, con aderezo de camarones y gorgonzola. Lentos sorbos. Voy evocando *La Benediction de la Biere* de Thomas Braun, en cuyas blándulas pastorales se asoman con presencia de voces los pretéritos cantores de Flandes:

*“Te rogó San Arnoldo bendecir la cerveza,
¡Señor!, y los jarabes ácidos de frambuesa,
y el tonel aromado por manzanas y sidras,
cuya espuma suspende la arena en las clepsidras...”*

LA AUSENCIA DEL NEGRO RIASCOS

Hasta mí llega la algarabía de los burgueses limítrofes, confundidamente, en pequeñas olas extranjeras. Estruendo sincopado del jazz. Las parejas danzan al compás de esa música de jungla.

La falta de Riascos, cuya presencia hacía más dinámicas las figuras del fresco de Alberto Arango Uribe, me pone a repasar el redescubrimiento del continente negro, que efectuaron desde París unos artistas deteriorados por la neurastenia urbana, sin carabelas y sin agujas de marear. Así tuvo comienzo este mínimo ensayo, álbum erudito para desespero de las honestas gentes, guía de cleptómanos, vista panorámica sobre la raza de Cam.

LAS DANZAS AFROAMERICANAS

Las parejas del cuadrilátero no interpretan coreográficamente los saxofones que estallan en el jazz, las claves y los ukeleles, los güiros donde se oye un frote de arena rodada. Al introducirse en los salones se estiliza el baile negro, tórnase tímido

(1) “La Patria”. Manizales, 1934.

y restricto, pierde la franqueza del movimiento, los pasos sin métrica, la azogada armonía del cuerpo en combustión. Hay sin embargo una tenue reminiscencia del selvático jadeo.

Ya de la danza clásica, cuyas últimas sacerdotisas fueron Isadora y la Pawlova, nadie quiere acordarse. Nuestra época no comprende la euritmia de los pies minuciosos y lentos, que caminan querellándose como palomas, para usar el símil de Paul Valery. Lo que ella busca con impaciencia es una expresión propia en la música y en el baile, un nuevo estilo espontáneo. Por eso pone en auge los saltos melódicos de Nijinsky, el baile flamenco que en Vicente Escudero tiene líneas y espacios nuevos, el júbilo libidinoso de Josefina Baker y la rumba que es plasticidad y sonido, movimiento y sorpresa. A cambio de las venias del minué, las mazurkas y el vals en cámara lenta, los salones se convulsionan bajo un motín de ritmos ásperos.

Un peninsular desmantelado a mansalva por discípulos adventicios, escribía que los actos superfluos, las formas desprovistas de contenido utilitario, el catálogo de goces, representan más verídicamente al hombre en el espacio y en el tiempo. Entonces las danzas negroides son una crónica en movimiento de la era presente. El vértigo mecánico, la estridencia de las hélices, la obsesión de una nueva alegría, resuenan en el *ragtime* y el *cakwall*. En los talones elásticos de Riascos nuestro siglo hace su gimnasia.

LA DINAMICA DEL JAZZ

En la música africana están todos los rumbos del jazz. Desde los *shimmys*, con sus brincos selvosos y augurales, hasta los *blues*, donde el tambor isócrono divulga la nostalgia reptante de las muchedumbres que se estrujaban en el vientre de los galeones, cuando el tráfico de ébano humano.

Una electricidad animal circula por el *jazz*, atropella los ritmos sedantes, mustios, parsimoniosos de la música antigua. La corriente de alta frecuencia zoológica trueca en espasmos esas languideces. “La sabiduría del jazz —declara Ramón—, consiste en adornar cada melodía de trinos, cadencias, arpeggios, trémolos, variaciones, dentro de la infrecuencia del ritmo y la incoherencia, mezclándose música y vida como dos mares a través de anchísimo estrecho. Solo el *jazz* exprime a la vida hasta sus últimas esencias. Hay instrumentos de batería que subrayan la

medida, y otros de viento extrañamente dulces, glisantes, sensuales, como la voz del negro. El instrumento se enzarza, conversa y se distrae súbitamente, dando lugar a premeditados calderones como en la antigua orquesta. En el *jazz* se encuentra un poco de música coral protestante, viejos coros sabatinos, que tienen ya un frenesí y nuevos abismos, montañas rusas de voluptuosidad”.

Zambombas, alaridos, zalagardas, cataratas, rumor de mareas y selvas, vendavales dionisiacos... Cuando la Baker danza, por todas partes le brotan extremidades, nace y muere una nueva geometría.

EL JAZZ Y LA MAQUINA

Waldo Frank acepta que los orígenes del *jazz* fluyen del Dahomey y atraviesan los ghettos. Sin el negro y el judío no hubiera existido nunca. Pero, a su juicio, el héroe del *jazz* es el alma yankee y su auténtico villano es la máquina.

Según Frank, dos ingredientes psicológicos intervienen en el *jazz*. Uno de sumisión, otro de rebeldía. El pueblo se inclina, cede a las formas y exigencias de la edad mecánica. Por eso en la música repercute el estridor metálico de las máquinas. Pero simultáneamente aparece en cierto lírico reclamo, en el ritmo de asimetría acentuada, en la síncope, una disidencia de rebelión. Esta llega a su ápice en la danza del *jazz*, donde se tortura el cuerpo en actitudes angulares que reproducen el reflejo de la máquina. Es ansia de liberación la que expresan esas contorsiones enajenadas, demoníacas. Es el movimiento centrífugo del que quiere evadirse. El *jazz* simboliza la búsqueda urgente de la vida por una selva de máquinas.

EL NEGRISMO

Durante la guerra, París se fue abarrotando de ídolos negros, bajo el patrocinio estético de Picasso. Había exposiciones y fiestas de ébanos. En una de ellas, Paúl Guillaume, antes de los cantos y de los bailes, dijo: “Vamos a pasearnos esta tarde en el país de las ciudades lacustres y de las fiebres, por este mundo incógnito de las brujas, los grandes jefes, los N’gils, toda esa magistratura misteriosa de la cual hemos extraído la esencia. Vamos a asistir a fiestas prestigiosas en el hogar de los

pueblos puros, únicamente interesados en los fenómenos sobrenaturales y cuyo tiempo se pasa en cultivar la simpatía de los espíritus bien nacidos porque son temerosos de Dios”.

Los fetiches se pusieron rápidamente de moda, ornato de los salones de élite y hasta de la alcoba rosa de algunas cocotas, entre cojines y amorcillos. Los artistas estaban iracundos, no pudiendo soportar que se convirtieran en objeto de polémica y entusiasmo de una dama aprensiva o un burgués sobrecargado de abdomen, aquellos que estuvieron reclusos en sus capillas. Así lo declara Vicente Huidobro. A su parecer, el arte negro era algo menos banal que una simple moda. Libérrimo, no copia fiel de la naturaleza, constituía una norma estética creadora, admirable en la justificación de los volúmenes y en la puntualidad de sus correspondencias. También Apollinaire consideraba que la evolución del arte europeo se había realizado según ritmos infinitamente menos intensos que la escultura fetichista de la *Mittel-Africa*, con sus formas simples y definitivas del trazo.

La explicación del negrismo que trae Ramón Gómez de la Serna se mete tanto en la intimidad del *hinterland* ebanita que merece extractarse:

“El ídolo negro es el dios embrionario, pero tiene ya en su tipo, en su plástica, en sus ojos y en su boca voluntariosa, la síntesis primitiva del poder.

“Cansado el arte, buscando otros caminos por los que ya ha trasegado hasta las últimas fronteras, ha ido a los negros para dar los primeros pasos de nuevo y desde la plazoleta central de las selvas del mundo, tomar nuevas vías que solo parten de ella.

“Los artífices de esos dioses de ébano despreciaron la pobre cara humana con sus pequeños parecidos, con sus detalles sobrantes y buscaron solo el eje fisonómico, la cruz plástica del carácter”.

LA LITERATURA DE COLOR

La literatura de la raza nocturna, al lado de los pastiches rusos, abastece los escaparates de las bibliotecas. Lejanos se encuentran los días aurorales de Júpiter Harmmon, sentimental y lunero, con su belfo diestro en suspiros. Los cánticos de Philis Whesthey y el relato de su viaje a Boston en las bodegas de un brick negrero, son ya un dato erudito, mohoso, sumido en las

lontananzas del tiempo. Apenas los bogas viejos, al empujar sobre las aguas abullonadas del Magdalena sus champanes negligentes, recuerdan las barcarolas de Candelario Obeso:

*“La negra re mi arma mía
mientras yo brego en la má,
bañaro en suró por ella,
¿quiará, quiará?”*

*No hay en el jielo una ejtrella
la noche qué trijte ejtá.
No hay en el jielo una ejtrella
remá, remá”.*

Estamos en el cenit de la trayectoria negra. La progenie de Cam se incorpora, acusándose netamente bajo los diversos soles. Una amplia literatura escrita por manos de color, denuncia un pueblo en marcha y la vastedad de su alma oceánica.

Muchos escritores de Norteamérica han saltado el valladar de prejuicios que separa allí las razas proclamando la fraternidad de la piel y explorando arduamente en los adentros del prójimo oscuro. Thomas Nelson Page, Wood, O’Roy Cohen y Carl Van Vechten, cuyo “paraíso de los negros” ha sido hallado falso y postizo por los peritos de Harlem y East Side. En el teatro aparecen *El Emperador Jones* y *Todos los hijos de Dios tienen alas* de Eugene O’Neil. También se han escrito al respecto meditaciones sociales como *El hermano negro* de Magdelaine Paz, a cuyo parecer la población negra sobre el suelo de América es el ingrediente volcánico, la reserva de llamas síquicas, próximas a libertarse por la vertical lucha de clases y la horizontal propagación de la conciencia del vínculo.

El Decamerón Negro de Leo Frobenius, *Historias del Tío Remus* de Joel Chandler Harris, y *Cuentos negros* de Blaise Cendrars, son analectas, esquirlas del denso folclore ebanita.

Abundan en la nueva literatura africana relatos de evasión, conflictos de ánimas en pena, como las memorias de Archy Moore, la historia de Sojuner Truth y la autobiografía de Lagabola. Es este un indígena de Nadaghasa, perteneciente a los *emoyo-quiam* o pueblo peregrino, quien por azares se pone en contacto con la civilización aria. Tiene el libro un verismo que lo aproxima a *Batuala* de René Maran, africano también, Premio Gon-

court de 1922. En el epílogo, cuajado de móviles sorpresas, exclaman saudosamente su candor y su barbarie. El occidente ha venido a rozarle de complejidades el espíritu y ya se siente blanco en ocasiones. “Me dieron dinero y ropaje, pero me quitaron algo mejor. Quiero a mi tierra, a mi raza salvaje, pero me veo obligado a odiar mi concepción de la vida, que es la misma de mis ancestros. Ni blanco ni negro. Soy un ser extraño en tierra ajena y un extranjero en la mía”.

El teatro afroamericano de hoy, junto con *sketchts* y far-
sas más amplias de Hebert Powel, Lewis C. Taes y Carland An-
derson, tiene su mayor logro en *Las praderas verdes* de Marc
Connelly, donde se refleja el modo como los párvulos negros de
Louisiana entienden los textos bíblicos.

Lagsthon Hughes y Nicolás Guillén, Paul Laurence Dum-
bar y Jean Toomer, Countee y James Weldon Johnson, son los
más altos poetas contemporáneos de su raza. Ellos recorren in-
tegralmente la escala lírica, desde la ternura hasta el paroxis-
mo, en sus cantos adamitas, que no aspiran a resolver conflic-
tos sino a crearlos y enardecerlos —siembra y riegos— en las
plantaciones íntimas. Unos tienen asomos misioneros, movili-
zan las incorpóreas reservas de su estirpe, haciendo desembocar
la arenga en el mismo cauce poemático. Otros bástanse con el
cántico, exento de fines, que cumple vigorosamente su jornada
de luz sin destino, su mandamiento cerúleo. Acaso sea mejor ar-
tífice Countés Cullen, con una poesía de interioridades abscón-
ditas, pero Lagsthon Hughes interpreta más verídicamente a
su raza, en la vida y en la obra. Por eso *The Weary Blues* y
Fine Chotes to the Jew son los libros más divulgados de la poe-
sía negra. Es negligente la estructura formal de sus versos y
sincopado el ritmo. También en fluída prosa ha evocado su odi-
sea de grumete, el redondo sol de Dakar, los senos concisos de
las negritas de Burutú, la dársena tan azul de Loanda, los altos
mástiles meciéndose en la noche y las voces de la tripulación
ebria.

Sóngoro Cosongo, de Nicolás Guillén, tiene un altanero
acento de humor y de dolor. La tez de asfalto del mulato cubano
es irrigada sucesivamente, simultáneamente, por imprevistos
arroyos tristes y por un cándido alborozo. En sus cantos se lle-
ga a ese alto nivel humano en que desaparecen la geografía y la
historia, en que el lírico viento arrasa los paralelos y los meri-
dianos para convocar a todos los hombres. Manuel Altolaguirre

escribe que *Sóngoro Cosongo* nos acerca a otra raza con emoción fuerte: "Cuando escuchaba la lectura de este libro que hacía don Miguel de Unamuno con acento negro inolvidable, sentí que habían sido escritos para mí, experimenté todo el consuelo que su autor me enviaba, supe lo que era ser pueblo y tener un cantor que me comprendiera".

Hay en Guillén apelaciones folclóricas, orgullosas, osadas, en que el verso se resuelve en una melodía de sílabas afines:

"Yambambó, yambambé.

*Repica el congo sorongo,
repica el negro bien negro;
como sorongo del Songo
baila yambó sobre un pie.*

*Mamatomba,
serembe cuserembá.*

*El negro canta y se ajuma,
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.*

*Acuememe serembó,
aé;
yambó
aé;
tamba, tamba, tamba, tamba
tamba del negro que tumba;
tumba del negro, caramba,
caramba que el negro tamba:
yambá, yambó, yambambé".*

INTERPRETACION

En el africano, que está más cerca del remoto hontanar de la vida, la característica más acusada es el misticismo. Eoantrópo, un hombre auroral, con una inteligencia prelógica, reviste los fenómenos del cosmos de potencias mágicas. Levy-Bruhulx establece el perfil de las tribus rudimentarias por esa manera de pensar pronunciadamente simbólica, por ese verter sobre el contorno un fluído místico que resbala sobre la angustia del por

qué y el cómo. “Las impresiones de los objetos —dice Delafosse— son idénticas a las nuestras, en el negro, pero en el acto de percibir el primitivo tuerce bruscamente el camino”. Se prosterna ante el sol, y en los sucesos meteorológicos encuentra hostiles o favorables presencias, convierte en divinidades la fauna y la flora, hasta que un proceso de claridad interior lo hace inmune al exhibicionismo de la naturaleza.

Se cuenta en *Batuala* que el indígena africano lleva siempre consigo un fetiche o ju-ju, hecho de la materia que cada uno cree más adecuada para guiar su destino. Los buenos espíritus residen en las diversas partes del cuerpo.—Ras-su-kuo- gobierna la cabeza. Rijilah-su-kuo preside y protege los movimientos. Existe para el indígena la vislumbre de un espíritu supremo que hizo o fue la causa de cuanto existe. Jamás interviene en los actos de los espíritus menores y espera impasible el fin de las cosas.

Bailes rituales, vino de palmeras, caza con la azagaya. Cerca está la selva, virgen de pisadas y voces humanas, con su vasto inventario zoológico y botánico, alucinada, púber entre podredumbre y renuevos. Allí la tierra tiene un húmedo calor de ser vivo, densa en resinas y en gomas, con grutas de lianas y epítafios enderezados hacia la luz que los árboles cimeros recogen apenas y hacen bajar por vegetales conductos. El nativo no se asombra de su falta de proporciones porque tiene los ojos crecidos para el espectáculo. Con talones alertas salva los vericuetos, traza el camino bajo el pie. En cambio los extranjeros de satinada piel, sobre el espeso plafón de la madera putrefacta, se sienten oprimidos por la lujuria de la población vegetal, la vasta respiración de las raíces, la obscuridad que interrumpe el espacio y el tiempo.

En la margen de los ríos desbocados, la tribu danza bajo la noche violenta. Hay un olor de axilas y matorrales calientes. Escúchase el vagido del bosque. Alcoholes zoológicos enajenan. Sobreviene una borrasca de caderas, una marea de fiebre esculpida. “Se hace la materia transporte y grito”. Es el orgiástico arrebató con que los negros expresan en movimientos la verdad de sus almas.

Sobre la tierra de América el negro vive nostálgico de su agro solar. No son la astrosa suerte, los linchamientos y el estigma de los “Jim Crow” lo que pone en su música esos hipos

elegíacos de pueblo maldito. Son saudades de desterrado, ansias del lar nativo donde la vida es canción. Ya lo dice Lagsthon Hughes en *Our land*:

*“A nosotros nos es preciso una tierra de sol,
lujoso sol,
país de agua fragante,
donde la tarde es un pañuelo suave floreado
de oro y de rosa.*

*No esta tierra donde es glacial la vida.
A nosotros nos es preciso una tierra de árboles
—altos, espesos árboles—
agobiados de loros charlatanes,
fúlgidos como el día.
No esta tierra donde son grises los pájaros.
¡Ah! Tendríamos un país de risas
—amor y dicha, vino y canción—.
No esta tierra donde la alegría es culpable”.*

MEMORIA Y LETANIA DE LAS CAMPANAS (1)

Mauricio:

Se trata de un recorte de prensa. Te lo remito. Una agencia informativa anuncia desde Munich, por cablegrama, que el antiguo arte de tañer las campanas va a desaparecer de Alemania. El Tercer Reich tiene un prospecto de cuatro años para establecer la autarquía económica. Como la pérdida del imperio colonial ha dejado a la nación escasa de materias primas, sin yacimientos cupríferos, los broncecillos seculares que se bambolean en las catedrales y monasterios serán derretidos en los altos hornos de la Casa Krupp para emplearlos en la industria de armamentos. Aquellos cautivos pájaros de metal, guardados en las torres como en una alcándara, se han de convertir en caldo de estaño, hierro y cobre, porque el gobierno los necesita en la fabricación de sus máquinas guerreras.

Ya no resonarán más las historiadas campanas mayores ni los esquilonos de pátina oscura. Muchos de ellos fueron trabajados con esmero prolijo en los fuelles y bigornias de Salsburgo

(1) “La Patria”. Manizales, 1937.

y Nuremberg, bajo la vigilancia de las *gildas* y las corporaciones del oficio. Los operarios medioevales, artífices en bronces y hierros como Van Den Gheyns, sabían graduar su timbre y los ornaban de inscripciones en perfiles góticos o en coronadas letras lombardas. Imagínate a los maestros cantores de Nuremberg entonando sus coros mientras revestían los moldes ovales o cilíndricos, para comunicar al metal cierta gracia melódica. Cómo sería el bautismo de una campana en Aquisgrán o en Maguncia, conforme al grave ritual carlovingio, en que el obispo invocaba las virtudes del bronce fundido contra los elementos demoníacos. Después de las ceremonias consagrativas, la campana quedaba adscrita a la mayor gloria de Dios, al tenor de un texto latino, para cantar sus alabanzas, convocar al pueblo, reunir a los clérigos, orar por los difuntos, ahuyentar las nubes tempestuosas, dar lustre a los convites y apaciguar los disputas sangrientas.

Ya no resonarán más. Con aquella campana de la Catedral de Colonia, cuyo badajo movían veinte hombres esforzados, se harán obuses y cureñas. Un campanero de Passing ha inventado unos cilindros sonoros, con amplificadores eléctricos, para reemplazar los pesados cobres litúrgicos, oscilantes sobre sus andamios, que desde remotas edades vienen convocando a los hombres al recogimiento y a la plegaria. Oberarscher se llama ese fosco alemán de habla lenta. No tiene traza de ser un descendiente de Tubalcáin, un forjador entre el humo y el cisco de la maestranza, con el delantal de cuero y el martillo ciclópeo. Más parece un burgués parsimonioso, algo inclinado al salchichón y a la cerveza, con ingenio para los inventos mecánicos, pero desposeído de la gracia poética e inmune a sus requerimientos, pues no vacila en atentar contra la noble tradición de los bronces oblongos que han regido con su són la vida del mundo cristiano.

¿Esa raza, nebulosa y violenta, que ama la música y en ella pacifica sus instintos, perderá sin protestas el toque matutino y vespéral de sus carrillones? ¿No se sentirán las almas un poco áridas, desazonadas y perplejas cuando ya el cántaro invertido de las campanas no derrame sus aguas melódicas, sus bálsamos pausados sobre la paz aldeana y en los rincones de las viejas ciudades hanseáticas? ¿No será como si el pueblo hubiese perdido súbitamente el compás, la pauta de los trabajos y los días?

Semejante reforma puede traer una revuelta popular contra el régimen fascista. Los hábitos locales, las tradiciones del municipio, el vestuario a la antigua usanza, las pequeñas alegrías colectivas, no pueden contrariarse sin graves riesgos para un gobierno. Basta recordar el motín de Esquilache o la huelga contra el uniforme de los choferes bogotanos.

En Alemania el caso es muy arduo. El teutón hermético refugia su intimidad en la canción. En la música se ha mecido siempre el sombrío ensueño germánico, sea en la cabalgata desesperada de una ópera de Wagner o en los himnos de los nazis, que llegaron al poder como una vasta masa coral, entonando esos lentos ritmos trágicos de Ultra-Rhin. Eugenio Montes considera que el movimiento hitlerista fue en sus comienzos un cántico marcial, más que un programa. En esto consistió su éxito desbordado, porque se puede refutar y contener una tesis, pero no una melodía. Música, poesía y vaticinio son los recursos y los dones del Führer. Dice Philips Barrés que el secreto del ascendiente de Hitler sobre las muchedumbres alemanas consiste en haberles restituído, en sus paradas y arengas, un poco de ese esplendor y esa pompa católica de que las privó Lutero.

Los hombres del régimen saben que sus súbditos renuncian con gusto al sufragio, pero no a las tonadillas familiares. Por eso han respetado y estimulado la pasión musical de su pueblo. La Joven Alemania saluda el advenimiento de la primavera con danzas báquicas, en que los viejos y los mozos bailan y cantan jubilosamente, en torno a las fogatas que se encienden sobre las colinas. Las festividades del solsticio sirven para que las gentes se entreguen a la exaltación dionisiaca de la música. Es un espectáculo que regocijaría a Nietzsche, a cuyo parecer solamente los malvados no tienen en sus espíritus canciones.

Las campanas, instrumentos musicales y dramáticos, expresan ciertas corrientes subterráneas del alma teutona. Esa nación no podrá resignarse a la mudez de sus campanarios, ni consentir que los órganos monumentales de los templos góticos sean sustituidos por pianolas o que los solemnes carrillones de las abadías de Suabia se reemplacen con timbres eléctricos.

¿Recuerdas, Mauricio, ese capítulo de Rodembach, donde se describe un concurso público en Brujas para llenar la vacante de carrillonero de la ciudad, en virtud de la muerte del viejo Barón de Vos? En el "befroi", a través del arco ojival de las

recamadas torrecillas se divisan los bronce alineados. El concurso va a empezar. El pueblo, con ansiedad contenida, espera sobre la ancha plaza. El carrillón da la hora, con tal primor musical que el poeta habla de un bordado aéreo o un ramillete de sonidos en adiós del tiempo que parte. El primer concursante empieza a mover el rebaño de campanas, en una marcha arbitraria de aires sin unción ni coherencia. El pueblo se muestra glacial. El segundo tiene que tocar estribillos de operetas, con un compás brusco y frívolo. En el texto se dice que las campanas saltan como si se les hiciesen cosquillas y tropiezan un poco ebrias. Parece que se alzasen las faldas de bronce y repicasen un cancán sin pudor. El pueblo se enoja porque se obligue a esas indecentes contorsiones a sus buenas campanas seculares. A la torre suben ráfagas de protesta. Se oyen otra vez los toques del "Angelus", signo premonitorio que anuncia un nuevo carrillero en el concurso. Sobreviene entonces un concierto de voces metálicas, muy lejanas y viejas. El campanero toca antañeros villancicos flamencos, en que el pueblo "despliega la urdimbre oscura de su sueño". En seguida se escucha un himno popular a las glorias de Flandes, que sacude a la multitud taciturna y la hace vibrar con un júbilo de epopeya. Luégo el gobernador y los ediles entregan solemnemente al vencedor, bajo el dosel de la gótica escalera que custodian unos hieráticos leones de piedra, la ornamentada llave del campanario, para que vigile y gobierne esos parlantes carrillones en que se expresa el alma de la raza.

Es inútil tratar de recoger en tan rápido extracto la belleza y la nobleza del capítulo en mención. Las campanas son un tema predilecto de Rodembach, un *leit motiv* de su obra poética. En su *Museo de Beguinas* la campana es un personaje cordial, una hermana tornera del espacio que despide las horas, la única pulsación en la inmóvil calma del beaterío. En sus poemas provincianos en loor de las villas quietas, con sus conventos, sus canales, sus cielos de tardas nubes lanudas, siempre tañen las vespérales, angélicas campanas. Recuerdo ahora unos versos del lírico flamenco traducidos con su maestría habitual por Eduardo Castillo, en que el toque lento de los bronce parece un florón de pétalos que cae desde remotos antaños.

Varios siglos de cristianismo están pautados por la plegaria litúrgica de las campanas. Su voz acompaña al hombre en su breve tránsito entre el nacer y el fenecer. Desde el toque de maitines hasta el de difuntos, expresa en su escala los dolores y

los gozos de la condición humana. Invita a la unción del rezo, al abandono de la faena cotidiana, al regocijo pascual, a la meditación sobre el postrero día, cuando nuestra carne vaya estando en sazón “para la agricultura de la muerte”, como escribía don Francisco de Quevedo en sus últimas cartas.

En el medioevo el badajo feudal previene del ataque inminente a los defensores de la plaza y apercibe a la hueste. En las ciudades la campana mayor era propiedad de los ayuntamientos y concejos, no del cabildo eclesiástico. Ella abría y cerraba tanto los mercados como los juicios en las villas de realengo, las behetrías y las hermandades castellanas y leonesas, según se prescribe en el fuero del albedrío y las fazañas. En Cataluña, su toque llamaba a los payeses al somatén y prevenía a los caminantes de la proximidad de la tormenta en las parroquias rurales. Los concilios, después de consultar cánones y decretales, autorizaron para que las campanas se usasen no sólo en las vísperas y oficios de la iglesia, sino también en el servicio civil para alertar a las gentes ante la inundación y el incendio.

Las campanas tuvieron cierta complicidad revolucionaria en el siglo XIX. Ellas servían para poner al pueblo en armas y reunirlo en cabildo abierto. En las gestas de la independencia americana tocaron muchas veces a rebato, o repicaron jubilosas cuando en las ciudades del virreynato entraba triunfante el Libertador.

Ciertos campanarios gibelinos se pusieron a órdenes del “Risorgimento”, como pregoneros de la rebeldía y como arsenal de metáforas. El poeta Guiusti increpaba de esta guisa a un personaje reaccionario:

*“Si no lo crees, el campanil del Duomo
lo está diciendo con su voz de bronce,
toque a bautismo o funeral,
muere un brigante y nace un liberal”.*

El tañido tradicional de los bronce repercute en la memoria hereditaria de las gentes con un prestigio místico. Tú no concebirías el “Angelus” de Millet, el éxtasis devoto de los campesinos, si en el cuadro no se escuchara, diluído en su fondo cereal, un vago redoble de campanas distantes. Si lo que suena en la lejanía fuese una sirena de fábrica o esos timbres eléctricos que propone Oberarscher, los personajes del pintor, vestidos

de overol, no abandonarían la carretilla de heno o trigo para orar sino que se limitarían a suspender el trabajo por haber cumplido la jornada rural de ocho horas.

En las aldeas españolas e indolatinas el campanario es el protagonista del paisaje. El caserío se agrupa filialmente en torno a esa empinada atalaya de cielos. Parece el pueblo un rebaño que va hacia Dios, con el templo por manso, con su cencerro de campanas.

Las campanas tañen con agonía en las "Catedrales Sumergidas" de Claudio Debussy, golpean con arrebatado contenido en "Parsifal" y aúllan en "Los Hugonotes" de Meyerbeer, durante la noche de San Bartolomé.

Pero lo que importa destacar es el rango literario de las campanas. Ellas pertenecen a la utilería del poeta. No las podrán fundir sin su consentimiento. No es lícito que para suministrar materias primas a la industria armamental le quiten materiales de construcción a los arquitectos del verso. Ellos podrían ejercer sobre las campanas lo que nosotros, los abogados, con o sin pleitos, llamamos acción de dominio o juicio reivindicatorio. Sería fácil establecer la posesión regular, pues en todos los tiempos, escuelas y países, la literatura utiliza campanas de la más variada condición y linaje, viejas y nuevas, claras o sombrías, alegres o saudosas.

¿Quién no ha oído en Renán las campanas sumergidas de la ciudad de Is, que según las leyendas bretonas dejan oír en las tardes, frente a las escarpas de la costa, una trémula melodía para fieles que ya no las escuchan? En las piadosas escenas aldeanas de Francis James las preces suben como un vaho azul hacia la beatitud de los campanarios. Marcel Proust describe las iglesias en esfumadas viñetas bajo la vaguedad crepuscular. Unas veces el campanario le parece el dedo inconfundible de Dios alzado sobre la muchedumbre humana. Alguna torre cuadrada la encuentra semejante a un bonete eclesiástico. Otra torre es desde lejos un almohadón de terciopelo pardo que se hunde en la atmósfera quieta. Pero a través de las diversas imágenes, el campanario y su esquilón lo llevan con fuerza evocativa a parajes perdidos del tiempo. Cuando oye las campanas, Proust siente en su interior tierras rescatadas a las aguas del olvido, que van tomando forma y florecen. Jules Romains dice del toque dominical que la ciudad se ocupa una semana entera

en arreglar la cancioncilla, la ingenua tonada que le gusta. Verlaine, entre los múltiples ruidos de la urbe, solo quiere oír el clamor de la esquila en la torre. En la *Letanía de los buenos recuerdos*, de Paul Fort, el poeta evoca la campana del domingo, su són claro como un lis. *La canción de las campanas bautismales* de Jean Richepin es un ritornelo burlesco:

*“Filisteos, comerciantes
que al besar a las amantes
mujeres,
mujeres,
pensais en los pequeñuelos
que vuestros torpes desvelos
engendran,
engendran,
diciendo: Serán los niños
al crecer, gordos, lampiños,
notarios,
notarios,
oh, que castigos teneis,
infelices cuando veis,
que os nacen,
que os nacen,
muchachos que os causan rudos
afanes por melenudos
poetas,
poetas”.*

Las campanas de Dickens son una fantasmagoría en que los bronces adquieren rostro bellido y se animan como duendes de conseja. En alguna balada de Meredith, el corazón oscila como una campana a rebato, movida por un prior fantasmal, sobre una ciudad en llamas. Edgar Allan Poe cantó las campanas en un poema onomatopéyico que imita sus diversos sonos, desde el jovial ritmo de la epifanía y la música ufana de la boda hasta el somatén del incendio y el lúgubre bordón de las almas en pena.

Los campanarios españoles han tenido siempre sus cantores devotos. Extasiado Symons ante la vasta catedral de Burgos, en gótico florido loa sus torres lanzadas en vuelo sobre las arquerías: “¡Lírico campanil qué canto exhalas!”. En el capítulo inicial de *La gloria de don Ramiro*, Enrique Larreta presenta a Avila de los Caballeros entre el toque parroquial de oracio-

nes: “Era un coro continuo de campanas cantantes en el callado crepúsculo. ¡Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda sonora, metálica, vibrante, y ascendía entera hacia los cielos, milagrosamente, en el vuelo de esa plegaria!”. En la Salamanca de don Miguel de Unamuno —cuya sombra enjuta discurre por los soportales, sin poder abandonar totalmente ese “hechizo salmanticense de pedantesca dulzura”— al toque de ánimas los corpulentos canónigos mascullan latines y padrenuestros. En los versos de Juan Ramón Jiménez no aparece, pero se siente, en la lontananza del poema, la voz queda de una esquila cuando sus “vagos ángeles malvas” traen el amanecer. Hasta Federico García Lorca hace tañer los bronces de la alborada en las torres de Córdoba y Granada, enjaezadas con cierto atuendo mudéjar. A Pedro Salinas no le impresiona el sonido, pero sí el rebrillo de azulejos de las espadañas de Sevilla. Me falta citar, finalmente, la copla andaluza que sirvió de peana dramática a los Alvarez Quintero para *Malvaloca*:

*“Merecía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden la campana”.*

Donde la campana soledosa columpia en su vaivén la melancolía es en los cantos galaicos. La morriña secular de los gaiteros, en esa femenina tierra de Galicia —como la califica Unamuno en sus glosas sobre el sexo de los paisajes— tenía que impregnar un poco a los campanarios de nostalgia y saudades nativas. Rosalía de Castro canta en *Campanas de Bestabales*:

*“Cando vos oyo tocar,
campaniñas, campaniñas,
sin querer rompo a chorar.*

*Cando de lonxe vos oyo,
penso que por min chamades,
en das entrañas me doyo.*

*Qu’os amores xa fuxiron
as soidades viñeron...
da pena me consumiron...*

*Aló pol-a mamanciña
subo enriba dos onteiros,
lixeriña, lixeriña.*

*Com'unha cabra lixeira
para oír las campaniñas
a batalada primeira.*

*A primeira de alborada
que me traen or airiños,
por me ver mas consolada...*

*Paseniño, paseniño,
Vou pol-a tarde calada
de Betsabales camiño.*

*Camiño de meu contento
y en tant'o sol non s'esconde
Nunha pedriña me sento".*

También Eduardo Pondal incide en el tema:

*"E ti campana d'Anllons,
que vagamente tocando
un bálsamo triste e brando
de pasadas ilusions.*

*Ala nos pasamos ventos,
primeiros de miña vida,
oyó os teus vagos concertos,
reló dos tristes momentos
de miña patria querida.*

*Cando te sinto tocar,
campana d'Anllons doente,
n'unha noite de luar...
rompo triste a suspirar
por cousas d'un mal ausente.*

*Cando doi'i tocabas,
pol-as tardes a oración,
campana siempre falabas
palabras con que cortabas
as cordas do corazón.*

*Estabas contando os ventos
cousas de meu mal presente,
os meus futuros tormentos,
que dabas con sentimentos
según tocabas, doente".*

En la antología hispanoamericana se encuentran las campanas de José Asunción Silva, que en el día de difuntos dejan caer su lenta llovizna sobre las almas, plañendo en coro luctuoso con dejativos acentos. También están las campanas de Amado Nervo, que a veces son “golondrinas de bronce” y otras “monjas emparedadas”. Hay otras de Santos Chocano, matinales, fiesteras, atropelladas como colegialas. En una balada eglógica de Herrera y Reissig, la esquila de la ermita gime y se viste de viuda por el extravío de un pastor. El *Angelus* aparece en uno de los sonetos pastorales de *Los éxtasis de la montaña*:

*“De pronto a la campana todo el valle responde;
la madre de rodillas su casto seno esconde;
inclinase el labriego, y se descubre y arde
su mirada en la súplica de piadosos consejos...
Tórnanse al campanario los bueyes. A lo lejos
el estruendo del río emociona la tarde”.*

Existe un poema de Olavo Bilac, en el que la campana toca en sordina sobre un paisaje plúmbeo, acompasando el latido del corazón marchito:

*“En el aire una esquila canta
temblona en el aire sombrío... .*

*Canta una esquila. El campanario
surge entre la niebla distante... .
¿Esquilón viejo y solitario:
qué dices con tu voz orante?*

*¡Qué frío! Yertas las colinas
se embozan. Corre y llora el río.
Se cubre el cielo de neblinas... .
¡Qué frío!*

*Nadie... . El camino amplio y silente
se duerme sin un caminante... .
la esquila canta dulcemente... .
¿Qué dice la voz orante?*

*¿Qué miedo pánico me oprime
el corazón triste y vacío?
Alma sola, ¿qué esperas, dime?
¡Qué frío!*

*¡Tánto amé y he sufrido tánto!
Ojos míos, ¿por qué cubiertos
de llanto estáis, al triste canto
que dobla y llora por los muertos?*

*¡Murió el día! Cubrid el suelo,
tinieblas. Muere, sueño mío.
La muerte es el postrer consuelo.
¡Qué frío!*

*Pobres amores que aniquila
la suerte, y dispérsanse inciertos...
Mi corazón como una esquila
doblando está y os llora, muertos.*

*¡Con qué dolor la esquila canta
en el aire quedo y sombrío!"*

En Ronald de Carvalho alguien dibuja un paisaje oyendo las campanas, sin ver el cielo, porque su rumor envuelve las peripecias de los gorriones en el aire y el aspaviento de la pequeña catarata cercana que a poco andar se pacifica en acequia. En los cantos de don Vicente Huidobro las campanas se desangran como corderos. Dentro de la prosa poemática de Pablo Neruda hay un campanario que sostiene, como un pilar, la "tarde de techumbres azules". Neruda canta en las *Alabanzas del día mejor* la esquila de bronce que al fin pudieron comprar los vecinos en el pueblo. En un domingo rural, de Carrera Andrade la campanita de la iglesia "sale con los pies descalzos a corretear por los campos". Jaime Torres Bodet trae estos versos de paz provinciana:

*"Entre el ocaso suena una campana fina.
Hora de avemarías y de gracias celestes.
Pasan ángeles tristes... Callan violas de oro...
Domingo: un agua clara donde mojar la frente".*

En los cromos aldeanos de Luis Carlos López aparecen bocetos como el siguiente:

*"En el recogimiento campesino,
que viola el sollozar de las campanas,
giran, como sin ganas,
las enormes antenas de un molino".*

Rafael Maya, en el *Rincón de las imágenes* sube todas las tardes al campanario de la parroquia, para ver los caseríos y veredas, mientras el campanero da el toque de la oración y la noche benigna invade los horizontes. En algún poema suyo porfían con la sombra las campanas del alba. Los carrillones vespertinos son para León de Greiff un motivo de apaciguamiento frente al cansancio de la vana vida. Germán Pardo García deja oír unos bronces de pascua y jubileo, que giran al viento en las ciudades “diáfanas” de Cristo. En la torre mudéjar de San Francisco “palma cristiana y morisca”, Mario Carvajal hace sonar la “queda” en los versos de su romancero colonial de Cali. Eduardo Castillo, alumno sin esquivaces de Rodembach y Samain, elogió unos esquilonos de paisaje cortijero, con cándidos y alborozados repiques, que tocan a misa en la paz de la mañana o resuenan en el crepúsculo. Víctor M. Londoño hace cantar en villancicos y aleluyas unas campanas de natividad y domingo de ramos:

*“Vienes rey manso, bajo palmas,
sobre el lomo de tu borrica
y en la campana que repica
se oyen los coros de las almas”.*

Juntos hemos hecho, Mauricio, este viaje de circunvalación a través de las campanas. Todas ellas nos han dado su diapa-són, su monorritmo. Yo mismo me siento aturdido y fatigado después de semejante periplo.

Esta carta, escrita en prosa finisecular, con barroco tumulto, es una invitación para que asumas la defensa de las campanas. Como vives en olor de poesía y sueles abogar por perdidas causas románticas, te recomiendo la suerte final de las esquilas párvulas y las abuelas mates de los campanarios. La tecnocracia de hoy les encuentra sustitutos y las llama a calificar servicios, para emplear un giro castrense. El mundo menosprecia su halo poético y su marchita gracia. Es preciso que con tu potente dón de evocación las traigas desde el confín de la historia y las reúnas en un mitin de protesta. Echalas al vuelo como un clamoroso somatén. A través de la redondez terráquea las campanas irán comunicándose en clave sus consignas de defensa. Entre tanto tú, como apoderado de esas comadres parleras, explícales a las gentes que no pueden derribar los campanarios porque se perjudica el paisaje, porque se suprimiría un trampolín literario

y porque no tendrían donde aterrizar las golondrinas. Me parece un alegato de primera fuerza. Acuérdate de la protesta de Enrique González Martínez ante ciertos inventos hostiles:

*“Telegrafía sin hilos:
Qué va a ser de los pájaros
que anotan la música de los caminos”.*

Me parece que he concluído,

Gilberto.

ALTORRELIEVE DE AQUILINO VILLEGAS

Todos mis contactos con Aquilino Villegas fueron choques. Era un alma vecina y hostil, con quien sostuve siempre querellas de medianería. Acaso pertenecíamos al mismo linaje de espíritu, pero nuestras ideas resultaban contrapuestas. Jamás nos pusimos de acuerdo en nada, excepto en algunas predilecciones literarias, ya dentro del campo neutral de la poesía. Varias veces estuvimos reunidos, nunca unidos. Nuestra amistad era apenas una tregua entre dos lances. Cuando entre nosotros se restablecía la paz —una paz armada y precaria—, el diálogo continuaba cargado de materias explosivas.

Ahora que ha muerto el viejo Aquiles de Pelleo, alzo la mano, a la altura de la visera para rendirle honores póstumos. Murió en su ley, como un campeador, sin conocer la piedad y el miedo, implacable y soberbio. Estuvo siempre metido en su orgullo, más alto y solo que la torre de la letanía. Sus juicios eran exclusivamente subjetivos, emanados de un yo fuerte y exasperado, que no admitía las presiones del mundo exterior. Simulaba conversar, pero apenas se escuchaba a sí mismo. El interlocutor le servía como el trampolín para oírse.

Su personalidad era muy semejante a la de Laureano Gómez. La misma energía interior, parejo denuedo, igual acento negativo y rencoroso en su lucha. No lo movía el amor. Siempre actuaba contra alguien o contra algo. No era generoso. A veces producía estupor el contraste entre la potencia de su alma y la pequeñez de sus motivos. Vertical y terco, inmóvil sobre sí mismo, mantenía obstinadamente sus opiniones, pese a la evidencia contraria, aunque los hechos se le vinieran encima.

Las diferencias anímicas entre Aquilino Villegas y Laureano Gómez radicaban no en el formato sino en la calidad de sus almas. Villegas era un dionisiaco, mientras Gómez era un energúmeno, para usar dos categorías griegas en su sentido más profundo. En ninguno de ellos aparece la *sofrosine*, la serenidad apolínea. Pero Villegas llevó a la política el frenesí pasional que fertiliza al poeta, al par que en Gómez se observa “la inacción del elemento poético”.

Además, Laureano Gómez apenas tiene un pegadizo barniz de letrado. En cambio Villegas pertenecía a círculos muy escogidos del espíritu, con una cultura literaria finisecular, algo rezagada pero vasta. En el Manizales de 1900, que era apenas una aldea serrana, un cruce de caminos de arriería, cumplió la hazaña mental de traducir a Kipling, Verlaine y D’Anunzio, en versos trabajados con esmero, mientras sus paisanos desenjalaban recuas de bueyes entre fornidas interjecciones.

Como escritor político, Aquilino Villegas sí podía hablar de los “gavilanes” de su pluma, jactanciosamente, por la garra, el vuelo, el ímpetu y la fiereza. Eran una pareja de aves de cetrería, dos azores mudados, revolando entre el gallinero democrático.

Su prosa no es nerviosa sino muscular. Recogida como un puño, sin aflojamientos ni molicies. No hay en ella ningún tejido adiposo. Está empedrada de verbos duros y sustantivos que son como cabezas de familia gramatical. Leyéndolo suscita una impresión física de fuerza, por el hercúleo relieve de su estilo, como si fuese un campeón de lucha grecorromana o un herrero golpeando sobre el yunque. La empresa heráldica de su escudo debía ser el martillo de Thor.

Aquilino Villegas no era un técnico, ni un profesor de ciencias políticas. No sabía economía. Sus artículos sobre la moneda ladrona fueron versión de lecturas apresuradas de Irving Fisher y Gustav Cassel, que aprovechara un espíritu original. Su concepción del Estado no pudo ser más rudimentaria y anacrónica. Le parecía una invención útil aunque molesta. Un retén policiaco para preservar el orden, la propiedad, las libertades individuales y la decencia pública. Ese servicio oneroso sosteníase con los parvos tributos que suministrara la buena voluntad privada. Villegas no consentía que el Estado sobrepasara ese rol de

recaudador y alguacil. Era un liberal ortodoxo, como Juan Lozano y Laureano Gómez, feligreses sobrevivientes de una iglesia abolida.

La vida de Aquilino Villegas resulta curiosamente paralela a la de Paul Louis Courier. Asombra la semejanza constante de sus rasgos. Tienen las mismas vocaciones, acciones y pasiones. Sufren análogas peripecias vitales. Su *record* intelectual es similar. El subsuelo de sus espíritus muestra la misma formación volcánica, los humores acres y la alta frecuencia eruptiva.

Courier es un humanista, que explora las culturas pretéritas, los padres griegos y latinos, los estilos clásicos. Por azar se convierte en un húsar a caballo durante las jornadas napoleónicas. En las veladas del vivac traduce a Jenofonte y aprende a abominar las estupideces de la guerra. Pelea distraído, con desprecio a la vida. Al regresar a su provincia natal, reclúyese en sus feraces viñedos, como un gentil hombre campesino. Desde ese marco rural inicia su literatura política de "panfletos", descargando sus rencores y violencias contra el régimen vigente. El *grognard*, el antiguo artillero montado se dedica a gruñir y divulgar su descontento, en una prosa llena, vital, insolente y patética. Instalado en Veretz, un lugarejo de Turena, comienza a platicar con los viñeteros, a disputar con el párroco, a defender el derecho de los aldeanos para danzar en la plaza. Se crea una segunda personalidad como "viñador de la Chevonnierre". Los protagonistas de sus panfletos son los vecinos. Sus temas versan sobre los pequeños conflictos locales. Pero ocurre que Veretz es una de las tantas comunas francesas. Sus problemas son los mismos de todas ellas. Su vida es la del país, puesta en viñeta y miniatura. Los motivos de Courier, aparentemente exiguos, cobran magnitud porque representan una desazón generalizada en todos los espíritus. Courier los plantea en un lenguaje directo, sin circunloquios, lleno de giros añejos y sabroso desaliño. "Dios mío, —dice— líbrame de la metáfora". Es preciso emplear un idioma que permita "hundir el pensamiento hasta la empuñadura". La verdad es antípoda de los lindos modales. Así nace el "panfleto".

Aquilino Villegas repite el mismo itinerario. Es un mozo lampiño todavía, cuando abandona su bohemia literaria, iluminada por los versos de los poetas malditos y las lamentaciones lunáticas de Laforgue, para enrolarse como cadete en la guerra civil. A su vuelta arroja lejos su dormán de coronel y muestra

el alma estragada por la brutalidad de aquella carnicería. Se pone en pugna con ambas colectividades históricas que exigen ese tributo secular de sangre a las generaciones colombianas. Es un "republicano" furioso, que quiere imponer la concordia a golpes. Cuando el famoso "canapé" se desvencija regresa mohino a su viejo hogar político. En sus postrimerías, al amparo de los árboles solariegos, en el fundo de Playarrica, empieza a escribir sus tremendas homilías de oposición. En los paradores y ventas camineras descubre sus tipos paisanos, dialoga con ellos, los presenta al público, los obliga a vociferar contra el régimen. En vez de perderse en las nubes teóricas, se afinca a la tierra, a sus deberes y menesteres. Al contrario de Silvio Villegas, que fabrica sus artículos con ideas generales y alusiones literarias, los editoriales de Aquilino pueden incorporarse al género de los cuadros de costumbres. El propietario rural de Playarrica reproduce cabalmente al viñador de la Chevonniere.

En la tipología de la especie sería menester clasificar a Aquilino Villegas como hombre de pasión. El *pathos* circula por esa vida como una corriente térmica. Su corazón es batido por un fortísimo viento pasional. Cuanto pasa a través de su persona se enardece con un intenso calor humano. Hasta una simple operación aritmética o un dato estadístico, al ser empleados por Villegas, se rodean de cierto aire pendenciero.

Mientras el intelectual puro trata de deshumanizarse, reduciendo la vida a cápsulas conceptuales y discurriendo sobre un plano abstracto, el tipo "práctico" tiende a personalizar sus pensamientos. Para Aquilino Villegas el bien, el mal, la verdad, el error, la virtud, el vicio, no eran entelequias sino que se convertían en seres, con semblantes y nombres propios. Esos valores estaban representados siempre por individuos de carne y hueso. Recuerdo que cierta vez, para referirse a uno de los presidentes liberales, reprodujo con acerbía la frase de Shelley: "He visto el asesinato en mi camino, y tenía la cara de Castlereagh".

Villegas tomaba posesión carnal de las ideas. Su encuentro con ellas era nupcial. En cuanto a los conceptos que no le eran afines y pugnaban con su concepción del mundo, los odiaba de veras, los tenía como sus enemigos jurados, los provocaba en riña y les descargaba estacazos a diestra y siniestra, con esa sobrada energía que le era propia.

Este es Aquilino Villegas, lo juro. Allí está, igual a sí mismo, en su desnuda entereza humana, sin afeitarlo, sin aderezarlo, sin retocarlo, sin refaccionarlo según las conveniencias al uso. En trazos someros fijo la cruz plástica de su carácter. Todo ditirambo neto falsifica la vera efigie del hombre. Lo presenta no como era, sino como hubiéramos querido que fuera. Yo no estoy haciendo un panegírico ni un memorial de agravios. Este es apenas mi testimonio sobre una vida egregia. Describo a Aquilino Villegas tal como hube de conocerlo, soportarlo, admirarlo y combatirlo. Dentro de una técnica del claroscuro busco en esta semblanza que sean verídicos su fondo y su perfil. Sin prejuicios, sin indulgencias, sin injusticias. No agravo los rasgos sombríos, ni aureolo con un nimbo de beatitud la figura yacente. Quiero poner al descubierto un alma ciclópea, sin emplastos de retórica.

Digo estas palabras con el respeto debido a un hombre que ha traspuesto la ladera de la muerte. Pero esa lugenda circunstancia no modifica mi criterio para juzgarlo. En este país supersticioso, decir la verdad ante un cadáver es una de las formas morales de la valentía. Haya de la Torre, en un artículo punzante sobre la crueldad latinoamericana, explica que para las gentes del trópico no hay muertos con defectos ni vivos con cualidades. Cuando los hombres públicos viven todavía, la crueldad los maltrata. Cuando mueren, la superstición los beatifica. Sobre Aquilino Villegas se han amontonado “las flores de trapo de la retórica vana”. Sus amigos y sus enemigos han descargado en torno a su catafalco todos los ripios funerarios. Yo pretendo rescatar su relieve exacto, lealmente, sin que me mueva a concesiones la muerte, que es apenas remate y cumplimiento de la parábola vital. Creo que así le gustaría verse tratado a Aquilino Villegas, a pesar de su soberbia. No como un varón perfecto, sino como un hombre entero y verdadero. Su vida no es un cromo endomingado sino un aguafuerte. Estoy seguro de que él hubiera hecho suya la demanda de Walt Whitman a Traubel: “Un día usted escribirá sobre mí. Tenga cuidado de escribir honradamente. Haga lo que haga, no me embellezca. Ponga ahí dentro todos mis juramentos, mis infiernos, mis maldiciones”. El autor de la *Balada de la mala reputación* era demasiado orgulloso para consentir que lo acicalaran en pose especial para la posteridad.

¿Es este todo Aquilino Villegas? ¡Quién sabe! El alma tiene siempre rasgos elusivos que se nos escapan. Yo me limito a

filiarlo conforme a mis recuerdos inmediatos. Otros pudieron conocerlo desde distintos ángulos visuales. El sér humano es tan complejo que Maurois, explorador de existencias, llega a decir que la superficie de un hombre, solo nos suministra sus apellidos, sus trajes, sus facciones y algunos líos exteriores. Más adentro se desarrollan las peripecias del alma, que es un conglomerado de estados y sentimientos, como esas colonias de animales submarinos. En un hombre habitan simultáneamente muchos hombres, se ha dicho.

INTRODUCCION A LAS MEMORIAS DE UN GRECOLATINO ARREPENTIDO

— A —

Esa generación —llamésmola así— se inaugura en 1930, umbral de un cambio político y encrucijada histórica. Entonces aparecen en las letras y en la política del país, subversivamente, los signos de su repentina presencia.

No es accidente o azar cronológico que su ingreso a los episodios nacionales, como variedad humana y compañía suelta, coincida con aquel año crucial. Su destino era servir a modo de empalme entre dos épocas y señalar el cambio de vía.

El carácter de generación medianera hizo que tuviese un alma bifurcada y confusa. La medianería es la pared, vallado o seto vivo que deslinda dos heredades y pertenece a ambas. En ella se juntan y se dividen a la vez. Constituye lugar de encuentro y ocasión de querrela. Nada más conflictivo que una frontera.

En el espíritu de esos cadetes se dieron cita los viejos y los nuevos tiempos, para librar un singular combate. Dentro de su recinto moral, convertido en devastada tierra de nadie, se produjo la ofensiva de las fuerzas de un mundo naciente, innominadas todavía, contra las formas agónicas de una cultura, que se debate en la lucha postrera, sin resignarse a morir. Por eso tales almas están dilaceradas. En su interior no hay paz. Ellas son un conmovido campo de batalla, que cada día se llena de cáveres.

El sino más trágico para esa juventud es verse situada en la intersección de grandes ciclos históricos. Está fuera de órbita. Como en el remolino que desatan dos corrientes fluviales al en-

contrarse, ella da vueltas alrededor de sí misma, perpleja, sin lograr vado y apoyo en ninguna de las riberas.

La cultura vigente es para el espíritu una patria, un aire natal. Ella le da al hombre un centro de gravedad y un ámbito propio para sus procesos anímicos. En los interregnos, cuando no hay un régimen cultural unitario y estable, el alma pierde su paisaje. Se siente en destierro, extranjera, sin rumbo ni guía por un país incógnito. La asedian elementos heterogéneos, contradictorios anhelos, tensiones bipolares. Es un oscuro laberinto. No consigue ponerse en claro consigo mismo. El cruce de las vías históricas es para ella un suplicio. Una crucifixión.

La zozobra y los desgarramientos del hombre intersticial de dos culturas —divergentes los ha descrito Hermann Hesse con profundidad psicológica—. Ese biógrafo de la angustia entiende cada época como un mundo congruente, con su concepción cósmica, su sistema de valores, su atmósfera genuina, su sentimiento vital, sus ternuras y durezas peculiares. Dentro de tal espacio síquico el sér humano desenvuelve armoniosamente su destino. El universo se encuentra en consonancia con el ritmo interior. Pero cuando dos estilos o formas culturales se entrecruzan, la vida adquiere un compás de catástrofe. Una generación que se extravía entre dos épocas pierde toda fuerza espontánea, toda norma, toda seguridad e inocencia. Eso significa literalmente el tránsito por el infierno, a través del caos. Tiene que vivir los enigmas, las contradicciones y los conflictos de ambos mundos sublimados como tormento en su propia conciencia.

— B —

Cada siglo, como unidad o círculo de cultura, suele rebasar su estricto marco temporal, prolongando más allá de sí mismo, por fuerza de inercia, sus modos orgánicos de pensar y sentir, su poder normativo. Las demarcaciones del calendario no limitan la virtud plasmática de una centuria.

El antiguo orden secular no sufre un corte transversal en 1900, cuando cae del almanaque su fecha postrera. Es un hecho cronológico que estamos en el siglo XX pero no es aún una evidencia histórica. La mayoría de las gentes viven alojadas espiritualmente en el siglo anterior, en los pensamientos y los hábitos mentales del antiguo régimen.

Según el tiempo físico, la centuria comienza a partir de 1901, mas como entidad histórica sólo emerge con el estallido de las guerras mundiales. En esa conflagración sucumbieron los remanentes vitales del siglo XIX, al par que latía un nuevo mundo en embrión.

Los espíritus más alertas se dieron cuenta entonces de que una forma de vida entraba en crisis. La ingente fábrica mental del siglo anterior crujía sobre sus goznes. Se hizo evidente que el hombre no podía volver a instalarse en el idilio burgués anterior a la catástrofe. Una era informe, sin nombre, filiación ni perfil, pero eruptiva y dinámica, arrasaba el conjunto simétrico de las viejas nociones.

Paúl Valery, con el vigor y la dignidad de su prosa, hizo una alta oración fúnebre sobre los restos y escombros de la época fenecida. “Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales, —dice el poeta—. Habíamos oído hablar de mundos completamente desaparecidos, imperios que se fueron a pique, con todos sus hombres y artilugios, con sus dioses y sus ciencias, con sus gramáticas, sus academias, sus clásicos y sus románticos. Sabíamos que la tierra visible está hecha de ceniza; que la ceniza significa algo. A través del espesor de la historia, percibíamos los fantasmas de inmensos navíos, que estuvieron cargados de riqueza y de ingenio. Esos naufragos no eran a la postre asunto nuestro. La ruina total de esos mundos, hermosos nombres vagos, tenía para nosotras muy poca significación. Pero ahora sentimos y sabemos, por experiencia propia, que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida. Las cosas más bellas, más nobles y más formidables son perecederas por accidente. Las circunstancias que podrían mandar las obras de Keats y Baudelaire a reunirse con las de Menandro, no resultan ya totalmente inconcebibles. Están en los periódicos. La conflagración militar tal vez ha concluído. Pero la crisis intelectual, más sutil, deja captar difícilmente su fase. Nadie puede anticipar lo que estará mañana muerto o vivo en literatura, en filosofía, en estética. Se ignora cuáles ideas y modos de expresión quedarán inscritos en la lista de pérdidas, así como las novedades que habrán de proclamarse. Observamos lo que ha desaparecido y esperamos con recelo lo que va a nacer. Casi todas las cosas humanas sufrieron los efectos de la guerra y permanecen en terrible incertidumbre. Están perturbadas la economía, la política y la vida misma de los individuos. Pero entre todas

esas heridas se encuentra también el espíritu, que duda de sí mismo. Somos una generación muy infortunada, a la que ha tocado ver coincidir el momento de su paso por el mundo con esos grandes y pavorosos acontecimientos, cuya resonancia colmará toda nuestra vida”.

— C —

Nuestra república tórrida continúa adherida al siglo XIX en sus instituciones e ideas. Estos pueblos llegan siempre tardíamente a todas las etapas históricas. No logran ponerse al orden del día en su proceso evolutivo. A falta de una cultura autónoma, en sintonía con su ritmo vital, adoptan a deshora los desechos mentales del viejo mundo, sus mitos en descrédito, los estilos y las modas retirados del servicio allende el mar. Se ha dicho que América es un anejo cultural de Europa, una sucursal de su espíritu. A este continente se transplantan formas alógenas, sin consultar el sentido de la tierra ni los signos del tiempo.

Colombia no supo que el siglo XIX había muerto en la primera guerra mundial. Los mitos de esa edad preterida siguieron gobernando las inteligencias. Cuando en 1930 sobrevino un cambio de régimen, una pequeña revolución incruenta, con su énfasis declamatorio, su catálogo de reformas y su relevo de burocracia, pudo observarse que el siglo XIX llegaba a su apogeo. El movimiento se producía dentro de esa supérstite constelación histórica.

Todos los países que no participaron en la contienda permanecen encuadrados en el siglo XIX, según la tesis de Gonzague de Reynold. Es lo que se denomina el “handicap de los neutrales”. Su tránsito es más reacio porque no han sido actores de los grandes acontecimientos, sino que reciben su influencia a distancia. En cambio para los beligerantes, la guerra tuvo el sentido de un ígneo desenlace, una curva de fiebre en que pasaron de una época a otra.

La anteguerra, la guerra y la postguerra, como tres períodos sucesivos, no son una nomenclatura válida para Colombia. Esa catástrofe, en la que no estuvimos presentes, no sirve como punto de referencia para filiar espiritualmente las generaciones nacionales. El rótulo de promoción del armisticio, por ejemplo, implica un abuso del lenguaje, si pretende designar algo más que una fortuita coincidencia de fechas. En verdad se trata de un grupo finisecular.

La generación matriculada en 1930 era un equipo fanfarrón de bachilleres, cuya vida mental transcurría en las afueras del aula gazmoña. La universidad tuvo una escasa virtud formativa sobre su espíritu. Frente al pétreo instituto, que los oprimía con la rigidez de una cultura embalsamada, ellos se refugiaron y atrincheraron en sediciosos cenáculos, en “peñas de café y bodegón”, para darse al comercio furtivo de las ideas.

Podrían llamarse aquellos los tiempos heroicos de la universidad, por la ofensiva de los alumnos inconformes contra el viejo plantel académico. Se había proclamado entonces el “derecho sagrado de la insurrección”, según el manifiesto de los estudiantes de Córdoba, que se recitaba patéticamente en todos los venerables colegios mayores de América. Los motines sacudían el sopor del claustro recoleto. La juventud se enfrentaba al Estado a través de la universidad, que es su imagen y símbolo.

Los gobiernos siempre han tratado de fortificarse en la cátedra, mediante el suministro de una enseñanza beligerante, que sustente la ideología o la mitología acampada en el poder. Cada régimen intenta reclutar las nuevas gentes como clientela política y tropa mental de choque, en garantía de su propia continuidad histórica. Por eso convierte a la universidad en su vehículo ideológico de propaganda, estableciendo un efectivo monopolio doctrinal y montando en ella una suerte de retén policiaco que decomise las tesis opuestas como mercancía de contrabando.

Mas la tentativa fracasa, aparejando el efecto contrario. La juventud no se deja catequizar por ningún régimen, ni capitula ante la ortodoxia en armas de la sociedad tutelar. Ella es disidente, aventurera y anárquica. Su pensamiento se elabora reactivamente contra los valores vigentes y los sistemas consuetudinarios, en violenta antítesis contra ellos.

Es una guerra de independencia y secesión del pasado. Las nuevas gentes no se insertan en el ámbito mental de los mayores, que hallan ajeno y hostil, sino que quieren cumplir su horóscopo, creando un mundo propio sobre los escombros del orden antiguo. Antes que aceptar las viejas tablas, se refugian en la utopía, con vago gesto mesiánico.

Cada generación implica una fase distinta del devenir de un pueblo. Sirve como emisaria al espíritu de la época, que busca una forma. Al comienzo no puede expresar con claridad su mensaje, pero lo afirma intuitivamente, con el presentimiento auroral de una cultura y estilo de vida que ha de derrumbar las instituciones caducas.

El antagonismo de las generaciones es una ley, una constante histórica. Siempre hay entre ellas una tensión polar. Cada una es revolucionaria para la que la precede y reaccionaria ante la que la sigue. Alguien ha comparado el sentido de la historia con la música de contrapunto, pues en ella cada generación es a modo de un ritmo autónomo, una voz contrapuesta, una frase melódica, diversa y concurrente.

— F —

Los muchachos de ayer, con la reforma universitaria, no pretendían restringir sus deberes intelectuales. Su objeto no era descargar los pénsumes congestionados, ni abolir la disciplina medioeval, ni obtener una prórroga de las vacaciones holgazanas.

En verdad la universidad no contenía ni enseñaba una suma del saber, un conocimiento enciclopédico, cuyo aprendizaje excediera la capacidad adquisitiva del alumno. Había varias asignaturas superfluas, desarticuladas, pero no hasta el extremo de agobiar las facultades escolares. El estudiante no se sentía sofocado porque fuesen muchas las nociones transmitidas, sino porque no le servían para una vida intensa y expansiva, ni como disciplina interior ni como fértil sabiduría.

El *curriculum* de los estudios universitarios no le suministraba al individuo ciencia y cultura auténticas, sino apenas la módica maestría para ejercer un oficio, en el rol de las profesiones liberales. Aparte de esta técnica profesional, no muy lograda, la universidad se hallaba al margen de las investigaciones científicas y no recogía el sistema dinámico de ideas correspondientes a la época.

En el orden científico continuó enseñando, con viejos textos y rudimentarios experimentos de laboratorio, una interpretación mecánica de la física, sin que tuviese siquiera noticia de la teoría de la relatividad y los *quanta*, pues perduraba la seguridad de las verdades admitidas.

En cuanto a las humanidades clásicas, se reducían a un latín superficial, una retórica en desuso y aquella lógica formal de silogismos, que convierte el raciocinio en una operación aritmética.

Los clásicos griegos y latinos no fueron conocidos ni amados. La preceptiva literaria permitía distinguir un cantar de gesta y un méster de cleresía, la cantidad silábica del romance y los hemistiquios del verso alejandrino, el clímax de un discurso y las metáforas de un poema lírico, las gracias ligeras de un madrigal o la dignidad del himno, pero no iniciaba al discípulo en los misterios órficos, ni lo aproximaba al estado de gracia poético, ni le enseñaba a liberarse por el lenguaje.

Respecto a la filosofía, en vez de una concepción católica del mundo, sólo conocía de la escolástica, a fondo, los vanos rigores del método deductivo, sus formas didácticas, la conversión y la oposición, el sorites y el entimena, los *ergos* y contradistingos.

Semejante fardo de formas disecadas no podía convertirse en sabiduría orgánica. La memoria era un arsenal de informaciones eruditas, conocimientos superpuestos y nociones sin concierto. Ese saber no se absorbía y asimilaba hasta consubstanciarse con el sujeto, a lo que Scheller llama cultura, como la acuñación del total ser humano en una forma plástica y viviente. Frente a la cultura, que es una piel, la ilustración no es más que un traje de luces. Podría definirse la cultura como lo que nos queda después de que olvidamos todo lo que aprendimos.

— G —

La universidad era, pues, inepta, a pesar de su solemne aparato. Confinada en sí misma, insular y hierática, acabó por quedarse sin vías de comunicación con el mundo. Le faltaba esa función de ósmosis y endósmosis entre la escuela y la vida, para potenciar con su sentido humano el saber literal. No se puso al nivel del tiempo presente ni al servicio del país. En lugar de formar "élites", minorías rectoras, altas inteligencias responsables, se concretaba a lanzar una emisión anual de diplomas, premiando con esa patente de curso a sus jóvenes filisteos, hacendosos y puntuales.

— 44 —

Esa máquina burocrática de fabricar doctores en serie, ha venido inundando al país con una inútil plétora profesional. La superstición del título académico, propio de nuestra mentalidad aborígen, que se engríe en los brillos falsos, suele empujar a los vástagos de la pequeña burguesía y de las clases medias hacia la universidad, no por vocación científica, ni por apetito de saber, sino en pos de un diploma. El privilegio universitario otorga un alto rango civil, abre como una ganzúa los caminos de la política y la burocracia. El criollo togado es un mandarín. Pero el país no alcanza a nutrir esa vasta prole parasitaria. Un aprendiz de marxismo diría que detrás de un abogado, para que obtenga su congrua subsistencia, hay más de veinte artesanos y labriegos sudando plusvalía.

— H —

Una de las mayores culpas de la escuela es haber sido infiel al país. No sólo por el bizantinismo de sus preocupaciones importadas y por su falta de correspondencia con la vida colectiva, sino por no haber disciplinado a sus juventudes en el conocimiento auténtico de las miserias y grandezas nacionales, falsificando todas aquellas cosas que merecen nuestra piedad.

En vez de ponerlas en contacto verídico con la nación embrionaria, mediante la enseñanza de su marco físico, la índole de sus grupos étnicos, el desarrollo de su economía, su cultura y su historia, creó el tópico de “nuestro lindo país colombiano”, una sinfonía tonta, una imagen en tecnicolor.

Este era el país de la cornucopia. Igual a Canaán, la preñada, hacia donde se encaminaban los judíos del éxodo, en nuestra providencial comarca fluían rubias mieles y lactógeno, cabe un paisaje en lozanía y una perenne primavera. Tratábase de la tierra abastecida, exaltada por el cronista Juan de Castellanos en versos broncos y jubilosos:

*“Tierra de oro, tierra abastecida,
tierra donde fundar perpetua casa,
tierra con abundancia de comida,
tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra de bendición, clara y serena,
tierra que pone fin a nuestra pena”.*

La misma que cantara don Andrés Bello, en su silva a la agricultura de la zona tórrida, alabando su esplendor botánico, su variado clima, sus pingües sementeras y sus ganados sin cuento. En feraz paraíso, que el bucolista describe entre próximos frutos, el florecido arbusto sabeo, el plátano desfalleciente bajo la grata carga de su racimo, el cacao que cuaja en urnas de coral su almendra, y el maíz, jefe altanero de la espigada tribu, con su penacho al oreo del buen viento salubre.

La escuela adoptó esa ingenua estampa geórgica. Presentaba al país, a través de un cromo iluminado de litografía, como un emporio de riquezas fabulosas. Si en la superficie era un vasto granero, el subsuelo estaba cruzado de vetas auríferas y repleto de rútilas pedrerías, como la gruta de Aladino.

Esa visión idílica fue creando un optimismo sinvergüenza. Cuando Laureano Gómez, aplicando la teoría de la predestinación geográfica, sostuvo que el trópico no era un *habitat* adecuado para el florecimiento de una cultura y que nos hacíamos ilusiones sobre los recursos naturales del territorio, las gentes montaron en cólera y se sintieron agraviadas por la verdad.

El doctor Gómez exponía que las comarcas intertropicales, en el cinturón del Ecuador, no eran asilo propicio al hombre, por el clima y el suelo. El húmedo calor de la selva ecuatorial deprime y enerva el organismo humano. Su fertilidad es más aparente que efectiva. El humus de poco espesor es arrastrado por las lluvias; la erosión deja al descubierto una tierra leprosa, formada de arcilla, arena y roca. El bosque amazónico es un desierto camuflado.

Según el doctor Gómez, el país se salva del rigor climatérico y la invasión horizontal de la manigua, gracias al accidente geológico de la cordillera de los Andes. También sobre esos contrafuertes andinos el profesor Luis López de Mesa —que aunque no es un sociólogo cabal, sí puede considerarse como un amateur distinguido, pese a su estilo exótico—, constituyó luego su tesis de que la república tiene una “civilización de vertiente” por el aposentamiento de los núcleos humanos en las laderas.

El doctor Gómez, con su cuadro desolado, se impuso el deber de destruir las fantasmagorías lisonjeras y alertar al país sobre su destino. Sólo el trabajo y la técnica podrían atemperar la

enemistad del marco geográfico. Un pueblo necesita sentirse vitalmente amenazado para que afloren a la superficie sus fuerzas profundas. El optimismo es cobardía, se ha dicho.

“Antiguamente era un lugar común —escribe Lucien Lebre— describir los países cálidos, sus recursos botánicos y zoológicos, su vegetación ecuatorial, con un fervor lleno de ilusiones. Se trataba de unas tierras de promisión, en las que la naturaleza generosa, colmando al hombre, le evitaba materialmente el cuidado de vestirse, nutrirse y construir su vivienda. Crecían tantos frutos succulentos que sólo necesitaba alargar la mano para comer. Todo esbozo psicológico del buen salvaje de los países cálidos, se derivaba de esa geografía demasiado idílica”.

Cuando el universitario supo que su país no era la henchida despensa del orbe, ni el floreciente paraíso perdido, y comprendió que ni siquiera se bastaba a sí mismo en la producción agrícola, se sintió traicionado. Ese mediano pasar económico, la dependencia exclusiva del mercado cafetero, la honesta pobreza de su tierra, eran incógnitas y sorpresas para el joven recién desembarcado de la ficción escolar. El choque con los hechos lo convertía en un nihilista, sin fe en los destinos nacionales. No se daba cuenta de que el país, abnegadamente, por encima de sus deficiencias y penurias, iba superando poco a poco su precaria civilización de bahareque.

Hubiera sido mejor darle al hombre en la escuela una dura disciplina estoica y una voluntad de servicio, sin ocultarle la verdad del país. No por eso hubiera dejado de amarlo, con una piedad filial desesperada e implacable, sintiendo que en la sangre hay tierra y que la patria no es un mito histórico, sino algo tan concreto como la carne.

— I —

La universidad tampoco se preocupó por interpretar al hombre colombiano, como sujeto del acontecer histórico. La antropología no tuvo cabida en ella. Le fue indiferente el estudio de la herencia, los cruzamientos étnicos, la disolución de los caracteres de las razas madres en el mestizo, los rasgos psíquicos peculiares del habitante del trópico.

Esta marea informada de coágulos o plasmas raciales había sido objeto de una profecía de José Vasconcelos, en un libro que quiso ser tesis, pero que apenas constituía un poema cosmogónico. El ideólogo azteca hablaba sobre una síntesis étnica, sobre la aparición del hombre integral en el suelo de América, mediante la concurrencia y fusión de todas las sangres. Este nuevo tipo humano sería el protagonista de la civilización amazónica. El dominio del Amazonas iba a decidir el destino del mundo. En el vientre caliente de la selva ecuatorial, henchido de gérmenes, se incubaría la raza unitaria, para fundar su imperio sobre la sabiduría y el amor.

El anuncio de la futura raza cósmica fue solamente un mito solar, sin fundamentos científicos. Las leyes etnológicas han establecido que muchos "gones" se excluyen o neutralizan recíprocamente. El mestizaje no suma sino que resta, no multiplica sino que divide. Sólo son viables ciertos enlaces cuantitativa y cualitativamente determinados. En cuanto a la cuenca amazónica, asiento de la anunciada raza proteica, ya se ha visto el estrago que al hombre causa ese infierno verde.

La ecuación del suelo y la sangre producen el actual tipo americano. Un bípedo fantasioso, fanfarrón, inestable, violento, extravertido, adscrito al orden emocional. Es el suyo el mundo de la gana, según el conde de Keyserling, porque en su ser telúrico aún no ha hecho irrupción el espíritu. No tiene inteligencia creadora ni ordenadora. Su exuberancia mental corresponde también al espejismo de la manigua.

— J —

Si la universidad no tuvo ninguna fuerza plasmática sobre su espíritu, tampoco fuera de ella encontraron maestros los muchachos de ayer. Esas personalidades ingentes, que sin quererlo ejercen una rectoría tácita sobre los demás, no existían en el país. La generación de 1930 buscaba vanamente arquetipos vivos. No tuvo el estímulo de los grandes ejemplos. ¿Dónde hallar una de esas vidas egregias, colmadas, feraces, que vertiera una enseñanza en obras, para adoptar ante ella una fervorosa actitud discipular? Entre las gentes mayores no se daba aquel varón en sazón, definido por Gracián, "que conforta con su discurso, alienta con su eficacia, adoctrina con sus actos y todo él huele a una muy viril generosidad". En lugar de semejantes in-

teligencias hospitalarias, que se dan sin ahorrarse, el ámbito de la república estaba poblado por una gerentocracia hostil, sordida, con encefalosis letárgica.

— K —

Agrupábanse los mozos de 1930 en una como bohemia mental de cenáculo y parnasillo. No era ya la tertulia finisecular, con sus poetas despeinados, delirantes de alcohol y de luna, sino que tal vez quisiera parecerse un poco a los círculos de estudiantes alemanes que en los bodegones discutían a Kant y a Hegel, entre los jarros de cerveza y el humo lento de las pipas. Esa generación tenía fe en el primado de los valores estéticos. La vida era para ella un poco de literatura.

El entusiasmo estético constituye para la juventud un estilo propio que se inaugura en el mundo. Por el arte se vierte su torrente vital indiviso. Si lo romántico es una embriaguez lírica, la hegemonía del orden emocional, el sentimiento del yo que se inflama como un absceso, es preciso reconocer que todas las generaciones atraviesan por un romanticismo de curso forzoso, que corresponde a la edad juvenil.

Eso no implica que se reincida en las melenas ni en la clorosis lunar, ni que se descarguen versos lacrimógenos sobre un público de peluqueros patéticos y modistas sensitivas. Esa imagen del poeta, que exhibe su corazón "como un chal", bajo el claro de luna y la humedad del nocturno, pertenece a una época preterida.

La generación del año 30 se ocupaba en discutir sobre estética y recoger las últimas novedades literarias de ultramar, cuando su vida sufrió un vuelco. Era entonces la época de los "ismos". La postguerra europea no había muerto.

Esa juventud tenía el amor a las formas verbales y se embriagaba leyendo el diccionario, como Gautier. Trabajaba en el interior de las palabras, examinando su carga de energía, su peso específico, su densidad, su ritmo, su longitud de onda y sus combinaciones armónicas.

Llamóse con sorna a tal generación "grecolatina", porque rellenaba sus períodos con alusiones a la antigüedad clásica. No podía expresar su pensamiento o sentimiento genuinos, sin exor-

narlos con citas de los mejores autores. Su prosa era un arte menor, trabajada como decoraciones en porcelana o nimia labor de ataujía.

Dentro de ese grupo coetáneo, Dionisio Elejalde (1), mi héroe, empezó a intervenir en la vida pública, a buscarse a sí mismo y a sacar el yo de su madriguera.

Este descoyuntado preámbulo a sus memorias, sirve para situarlo en el espacio y en el tiempo.

(1) Con este seudónimo, Gilberto Alzate Avendaño escribió diversas páginas en diarios y revistas del país, entre ellas la serie denominada "Si yo fuera constituyente", en 1953.

MIS AMIGOS: NO HAY AMIGOS (1)

Rudyard Kipling, poeta del imperio británico, cuya obra exalta la vida heroica y crea mitos perdurables, escribió un poema denominado *El milésimo hombre*, alabanza de la lealtad humana. Su contenido ético pone este canto al mismo nivel encumbrado de *Si...* que tradujo en versos bronceados Aquilino Villagas. Allí se enumeran los presupuestos del hombre entero y verdadero, arquetipo de su propio destino, que se sobrepone al triunfo y la derrota, "ese par de impostores", manteniendo la perpendicular frente a los vaivenes de la suerte.

El milésimo hombre honra el arquetipo de la amistad auténtica, que se mantiene inalterable en la próspera y en la adversa fortuna. Esa esquivada virtud campea frente a todas las tentaciones y halagos, la incertidumbre del destino y la desatada maldad de las cosas. Por ella conservamos la fe en la condición humana.

La moral de *El milésimo hombre* es la misma que sustenta Joseph Conrad a través de su obra, como reducto y consuelo dentro de su visión trágica del universo. Conrad dice en alguna parte: "Aquellos que me leen conocen mi profunda convicción de que el mundo temporal reposa en algunas ideas muy sencillas, tan sencillas que deben tener la misma antigüedad de las colinas. Reposa, entre otras, sobre la idea de la fidelidad. El mundo de las cosas, las tempestades y las muchedumbres, es inestable. El orden

(1) "Diario de Colombia". Bogotá, 1953.

humano puede ser estable por la fidelidad, es decir, por un juramento a sí mismo de no abandonar el grupo a que voluntariamente uno se ha unido. Un hombre de honor es aquel con el cual, una vez dada su palabra, se puede contar hasta la muerte. Sin ese sentimiento no es posible ninguna sociedad humana. ¿Cómo vivir y combatir si nuestro vecino de fila os puede traicionar?”.

Kipling sostiene en su poema que no es vano esfuerzo buscar un hombre entre mil, una de esas almas afines y fuertes perdidas entre la multitud. Conseguir su adhesión es viático moral e hipoteca del destino. Novecientos noventa y nueve se embarcarán con nosotros si no hay riesgos o si tenemos asegurado previamente el éxito, pero el Hombre Mil desafía tifón y procela, para salvarse o hundirse en la misma azarosa travesía. No lo determina ningún cálculo sórdido. Novecientos noventa y nueve amigos inseguros que obtuvieron favores y ventajas en días de esplendor, nos venderán por cualquier precio, pero para el Hombre Mil la amistad no es comercio de trueque ni objeto de sobornos. Es incapaz de fugas cobardes y taimadas felonías. Novecientos noventa y nueve aduladores serviles y oportunistas en acecho nos dejarán solos en cualquier emergencia, pero el Hombre Mil acompaña a sus amigos “hasta el pie de la horca y acaso hasta después”.

Todos los moralistas se han ocupado del tema de la amistad, desde Platón hasta hoy. Séneca, en su tratado de los beneficios, solicita mucho esmero en la escogencia de los amigos y condena al menosprecio público al ingrato cuya frágil memoria borra el recuerdo del favor y el compromiso de pagar ciertas deudas morales. Para ese misántropo cortés que era La Rochefoucauld, lo que los hombres llaman amistad no es más que un acomodo recíproco de intereses y un trueque de buenos oficios, en que se busca siempre algún provecho. Alain, en cambio, considera que la amistad es la voluntaria promesa hecha a sí mismo, que crea un acuerdo inalterable, sin reparar por anticipado en ventajas ni azares.

En el orden político, no es posible adelantar ninguna empresa sin fiar en amigos fieles. La *lealtanza*, como se decía en el castellano antiguo, que es abnegación con el jefe y voluntad de secundarlo hasta el final, no importan los eventos inciertos de la lucha, se requiere antes que todo. Abundan ciertos amigos “sinceros”, muy obsequiosos y serviciales cuando el estadista se encuentra en la cima del poder y otorga su privanza, pero que

cuando soplan vientos contrarios se retiran a prudente distancia en espera del desenlace o se ponen previsivos a buen recaudo.

No les atraen los gestos bizarros, las actitudes erguidas, sino que quieren pasar agachados para no ser vistos. La Bruyere, en sus esbozos psicológicos sobre los caracteres, al examinar la vida de la corte, que discurre siempre en las antecámaras palatinas y las escaleras de servicio, alude a esos sujetos emprendedores, que quieren acomodarse en el pescante del carro de la fortuna y ser, al precio de ingraticudes y apostasías, los satélites de Júpiter.

No dejan de ser amargas para el hombre público esas traiciones vitandas, esas clandestinas retiradas, dentro de la clase dirigente que es siempre un tanto abyecta.

Por eso, no hay nada tan grato en política como encontrarse con camaradas fieles, ligados por un fin común que se sitúa más allá de nosotros y que nos hace mirar hacia la misma línea del horizonte. Esa amistad está cargada de sentido y ennoblece la condición humana. Se forma así un equipo solidario que avanza compacto hacia la victoria o resiste impávido la adversidad, hundiéndose como un barco sin apagar las luces. Sólo puede formarse a base de "milésimos hombres", que no son un mito lírico, sino que todavía existe el raro ejemplar, para rescate de la dignidad de la especie. Es difícil hallar esa selecta y escasa variedad humana. Abundan los oportunistas y logreros que sólo rinden culto al éxito y no tienen más partido que la victoria. Por eso decía irónico y desencantado el maestro Guillermo Valencia: "Mis amigos: no hay amigos".

DOCTRINA SOCIAL CATOLICA Y PENSAMIENTO BOLIVARIANO

En su magnífico discurso de Garzón, el señor presidente de la república dijo que las doctrinas de Cristo y el pensamiento del Libertador son los principios tutelares que guían la gestión del gobierno, al servicio del país. A su vez el ex-presidente Ospina Pérez, en reciente reportaje, al referirse al patrimonio histórico del partido conservador, expuso que es menester montar guardia al pie de la heredad bolivariana y católica que nos legaron nuestros padres.

Estas afirmaciones doctrinarias, tan eminentes por su origen y cuyo énfasis conceptual alindera un territorio ideológico,

nos hacen recordar episodios políticos de hace tres lustros, cuando un grupo de avanzada fue proscrito por izar las mismas ortodoxas divisas.

Por aquel tiempo se produjo en el país, con cierto aire bizarro un movimiento de derechas, que salió de los claustros hacia la plaza pública, portando como oriflamas los nombres de Cristo y de Bolívar. Los guiones intelectuales de la juventud conservadora se matricularon en esa romántica cruzada, que se proponía rescatar ciertos valores perennes y darle un contenido histórico a la lucha por el poder.

En ese cenáculo apostólico hubo de todo. Ni siquiera faltó Judas. Su designio era revitalizar el pensamiento conservador, interpretar verídicamente la realidad colombiana, enjuiciar desde un ángulo crítico el conjunto del pasado e ir provistos de un programa congruente al encuentro de los tiempos nuevos. Una generación de combate trataba de formular su mensaje.

Para ello quería hacer esa operación náutica que se denomina fijar la posición. Un marino extraviado no se rige, para rectificar el rumbo, por la dirección de los vientos ni el color de las olas que baten la quilla. Como explica Francis Delaisi, calcula la altura del sol a mediodía sobre el horizonte, en busca de la latitud, mientras la longitud la obtiene por la diferencia de la hora de su cronómetro con la del meridiano de Greenwich. La intersección de esas dos líneas en el mapa señala el punto exacto en que se encuentra el navío. Esas observaciones astronómicas, ajenas al funcionamiento de las máquinas y las rompientes que baten el costado del barco, le permiten volver a encontrar la ruta. En política también se requieren esos datos coordinados, por encima de contingencias superficiales, para que el azar no determine la marcha ni tuerza el itinerario. Hay que levantar la vista y fijarse en la lejana línea del horizonte: pensar con perspectiva histórica.

Aquellos argonautas encontraron en el magnético numen bolivariano su brújula de marear y en los postulados cristianos su cuaderno de bitácora. No era la acción nacionalista un artículo importado, ni se exornaba de embelecios exóticos. Tenía oriundez colombiana, apegada al país, a su circunstancia, a sus constantes históricas. En la visión profética del Libertador y en las tesis sociales del pensamiento católico encontraban las únicas tradiciones válidas, los materiales básicos de una reconstruída patria. Ninguna política podía ser más ortodoxa.

Bolívar no solo aportaba la fuerza del símbolo, el ingrediente místico que es levadura de la política, sino fórmulas de gobierno para estas democracias tórridas. El primado del ejecutivo, el régimen presidencial que es oriundo de América, se deriva de su ideario. Solamente dentro de ese principio, como lo corrobora la historia de un siglo, se ordena la turbulenta mocedad de los pueblos indolatinos, que según Cecil Jane oscilan entre la anarquía y el despotismo. Por eso se ha impuesto como una institución necesaria en el continente.

Profesaba Bolívar un empirismo organizador. Para el Libertador el arte de gobernar no se aprende en los manuales, ni las constituciones son obras imaginativas, ni existe una farmacopea institucional que suministre en frascos lacrados eventuales curas energéticas para el estado. Por eso no gustaba de los visionarios que planifican repúblicas aéreas, desasidos de la ciencia experimental del gobierno, creyendo que "hacer un pueblo es lo mismo que fabricar una cerradura o que las sociedades son en manos del legislador como la arcilla en las del alfarero". Su opinión es que la excelencia de un régimen no radica en su teoría, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. Cuando esos datos no se consultan, se produce una ruptura entre las leyes y las costumbres, entre la constitución escrita y la constitución efectiva.

Para absolver posiciones frente a los nuevos hechos que plantea nuestro tiempo, donde el acento de la política se carga sobre lo social, el movimiento derechista encontró respuesta en los canonistas del medioevo, en la teoría tomista del bien común, en los mensajes admonitorios de los pontífices. La adopción de la doctrina social de la iglesia permitía salir del recinto del individualismo decimonónico, en que se acantonaron los partidos en el siglo pasado, hacia la intervención del estado para tutelar el trabajo y coordinar los diversos intereses económicos.

La iglesia ha reivindicado los derechos de la persona obrera y se convierte en abogado de los pobres, como en los tiempos del cristianismo primitivo. Los Papas se pronuncian contra un sistema plutocrático, fundado en incentivos de lucro que hace del hombre un instrumento servil del proceso económico. El pregón de los pontífices denuncia las viejas iniquidades. La sociedad debe fundarse sobre una interna estructura cristiana, que reemplace el desorden establecido y destituya de su primacía un ré-

gimen socialmente inhumano, cuyos postulados se encuentran en los antípodas de la cruz. Es menester crear una nueva cristiandad. El bien común no se refiere a una categoría de privilegiados, sino a la masa íntegra y a la plenitud de sus derechos espirituales, económicos y políticos. La propiedad tiene anexas cargas y deberes sociales. Según Santo Tomás, el hombre es dueño de los bienes necesarios y simple gerente de los superfluos.

La doctrina social católica no les permite a los cristianos refugiarse en la inercia, sino que los obliga a encarnar sus principios en hechos, pensar con las manos y rescatar a las multitudes para la verdad, erigida sobre la justicia que fluye del Sermón de la Montaña. No es lícito convertirla en una piedad literaria o en una fórmula de enganche para reclutar una esquivia clientela política.

Tales eran los pensamientos cardinales de las derechas, que plantearon el debate ante las masas, fundaron órganos de propaganda y recorrieron el país en fervorosa romería proselitista. No solo sustentaban tesis, sino que aportaban un estilo más actual y nuevas metáforas destinadas a remozar el anacrónico vocabulario de la tribu. Sus ideas-fuerzas y sus palabras-claves acabaron por invadir el diccionario político.

Pero tropezaron entonces con la aguerrida contraofensiva de los primates. Muy eminentes conductores del partido conservador constituyeron un tribunal del santo oficio, para denunciar esas ideas y ponerlas en un índice expurgatorio. Algunos opinaron que no eran más que un sarpullido fascistoide, un sarampión urticante que escoriaba a nuestra colectividad política e inculcaba malos humores en su organismo. Otros declararon que el programa nacionalista no era más que un cúmulo de jactancias verbales. Finalmente lo reputaron como musgo, cardo y muérdago, una flora parasitaria que se trepaba y le quitaba savia a la "vieja encina tradicional y geórgica". Las tesis fueron proscritas y sus mantenedores excomulgados.

Pero la política está llena de vaivenes y paradojas. Esas presuntas apostasías resultaron a la postre el más cabal programa ortodoxo. Esa es ahora nuestra legítima heredad doctrinaria, no importa el desahucio de sus primitivos moradores. La democracia social-cristiana y el pensamiento vivo del Libertador son hoy las directrices y el acervo conceptual del conservatismo. Sus valores viejos y actuales, porque son perennes. Esa

es la justificación de aquellos derechistas, que consideraban con Martí que Bolívar tiene mucho que hacer en América todavía y que tenían un sentido popular, demófilo, encontrando en el catolicismo social soluciones para aliviar el desamparo de las masas, compensar sus fatigas y ascenderlas a una vida más humana y más justa. Sus tesis eran verdades equivocadas de fecha.

“Diario de Colombia”. Marzo 9 de 1953.

LA FUNCION DE LA INTELIGENCIA

Se ha sostenido con rigor que la clase dirigente del país está en crisis. Mientras el estado crece en estatura y poder, las fuerzas económicas se expanden en múltiples desarrollos y la vida colectiva se llena de urgencias técnicas, no existe un estado mayor, un “*trust* del cerebro”, altas inteligencias responsables al nivel de los tiempos, que le den forma y contenido a una vasta empresa histórica. Los materiales de construcción yacen desparrramados sin que una minoría egregia los ordene, ni aparezca en el horizonte una generación que traiga el nuevo mensaje.

La crítica es acerba y justa. Desde hace cuarenta años las palancas de mando del país se encuentran en manos de los hombres del centenario, sin que se haya operado su relevo biológico e histórico. Esa generación ocupa el escenario por medio siglo y prolonga su vigencia, su principado mental hasta nuestros días. Es preciso reconocerlo. Las posteriores promociones nacionales tienen un destino frustrado. Han ido al garete, sin ostentar un perfil propio, sin tener conciencia de sí mismas, sin sentido germinal y beligerancia constructiva. A su paso no ha quedado rastro y reguero de un pensamiento. Compañías sueltas de cadetes gascones con una módica insurgencia verbal, literatos de *boulevard* agrupados en tertulias jactanciosas, políticos segundones que prefieren ser coro y comparsa a correr los riesgos de protagonistas. Ese ha sido su oscuro itinerario civil.

Desde luego no nos seduce el tópico de las generaciones que Pinder y Ortega pusieron de moda como el tema de nuestro tiempo. No creemos que el elemento generacional sea decisivo en la historia. Esos grupos coetáneos sirven como punto cómodo de referencia para clasificar ciclos históricos. La generación existe en la partida pero no en la llegada. En su tránsito vital

el conjunto se dispersa en individualidades enérgicas; hombres solitarios libran esa controversia con el destino que le da a la vida su sentido postrero.

Pero por encima de la falta de personalidades ingentes y esa frustración histórica, la "inteligencia" como clase tiene deberes pendientes con el país. A nosotros nos preocupa su sistemático repliegue, su dimisión espiritual, su abandono del puesto de combate. Hay demasiadas deserciones. Es un desgano, una cobardía, un sopor letárgico, una pasividad taciturna y sumisa, en que se desguarnea la defensa del espíritu y de perpetuos valores humanos, cuyo servicio le suministra una disculpa noble a la vida.

Se ha hablado con menosprecio y antipatía de la política como un virus tóxico inoculado al país. Eso es renegar de una magnífica y bizarra herencia civil. Los antepasados se batieron por tesis, encendieron las fogatas del vivac bajo el imperio de contrapuestas doctrinas, se dieron íntegros en ofrenda a ideales que traspasaban e iluminaban el ámbito de sus existencias oscuras. Las crónicas de la república se ilustran con los pasajes de esa denodada gesta civil, que atestigua una alta calidad humana.

Nosotros no estimamos como solución nacional que la política se convierta en monopolio y privilegio de pequeños núcleos cerrados, mientras la calle está sola y desierta de civismo. Una de las características del país es la vivaz conciencia política, la opinión alerta, el interés del ciudadano raso por los negocios públicos. Esa ha sido la gran pasión nacional, una incoercible tendencia de las gentes. Hay en ello dignidad humana y presencia de espíritu. A la calle sola y desierta de civismo, nosotros preferimos el tumulto del ágora, la "musa vociferante" de los parlamentos, el oceánico rumor de la plaza que es el templo hipetro de la democracia, donde se oficia con el pueblo en pie.

El hombre se define al modo del Estagirita como *zoon politikon*. La política consiste en el gobierno y manejo del estado, cuya finalidad es promover una vida buena. El *jus* político no puede reservarse a ciudadanos privilegiados, a horcajadas sobre las masas sumisas, que se dirigen con freno y espuela.

El antídoto letal puede ser peor que la presunta toxina. Nosotros creemos en la necesidad de la política. Ella es hoy el destino, como decía Napoleón. Interviene en todo, asedia al hom-

bre en sus últimos asilos, porque no hay un lugar en las afueras del estado donde pueda instalarse con los haberes ideales y reales de su vida. Nadie puede renunciar a ser sujeto y no objeto de la historia. La política no tiene alternativas. Se la hace o se la padece.

La misión de los intelectuales radica en participar abiertamente en la vida pública, en contacto con el pueblo, sirviendo de emisarios a sus ansias y anhelos. Más que nunca las masas perplejas necesitan guías.

Ya no es tiempo para los ocios dialécticos, para los lujos y devaneos de la inteligencia, para la amable cetrería mental de salón, cazando al vuelo ideas aladas y metáforas fortuitas. Todo diletantismo es inmoral y sinvergüenza. No es posible componer acrósticos indolentes, mientras la civilización entra en derrota y sobreviene la invasión vertical de los bárbaros. Podría ocurrirnos lo que a aquellos romanos de la decadencia, en los finales del imperio, que al ser su mundo sacudido por un dinamismo nuevo y extraño a su naturaleza no supieron oponer más que una lánguida ataraxia interior. El pensamiento tiene que tomar partido en las luchas colectivas, ponerse al servicio de la vida y mantenerse en dura vigilancia guerrera. La traición de los intelectuales no consiste en enrolarse en las comunes tareas humanas, sino en ser meros espectadores de un mundo que quiere nacer y no puede hacerlo sin su socorro.

“Diario de Colombia”. 1954.

SENADO CORPORATIVO (1)

Para restablecer el juego dinámico y el sentido profundo del sistema bicameral, se ha propuesto reemplazar una de las cámaras por un estamento corporativo. La iniciativa no es nueva ni exótica. Belaúnde escribió que el senado bolivariano podía evolucionar hacia un colegio sindical. A principios del siglo el general Uribe Uribe sostuvo la conveniencia de que una de las ramas del parlamento tuviese la representación de los gremios. La cuestión radica en saber el grado y forma en que esa solución es viable en nuestro país. Como ha escrito Carl Schmitt,

(1) “Diario de Colombia”. Bogotá, 1954.

cada constitución de un estado debe acompasarse a las condiciones políticas y sociales que pre-existan, como el plano abstracto de un edificio a la topografía del terreno y otros datos efectivos.

Disociando el corporativismo de las formas políticas del Estado totalitario, a las que aparece vinculado por recientes sucesos históricos, puede considerarse que el régimen corporativo es una síntesis dialéctica frente a individualismo y colectivismo, que constituyen la tesis y la antítesis. Esta solución es exacta en el cielo platónico de las ideas, dentro de cierta simetría conceptual, pero opera escasamente en función de los hechos. El sistema corporativo aspira a un encuadramiento total de la economía de abajo hacia arriba, coordinando dinámicamente los dos miembros de la producción, capital y trabajo, al servicio del interés nacional y bajo el poder arbitral del Estado. Este régimen aspira a reemplazar al elector por el productor, al mito del ciudadano liberado en el seno de la villa virtuosa por el hombre incrustado dentro de su cuadro profesional. Busca que las corporaciones de trabajo, los sindicatos patronales y obreros sustituyan como células primarias del poder a los partidos políticos, con su mecánica pendular y su demagogia de masas. Pero el objetivo no resulta muy asequible. Tanto la estructura corporativa italiana como los estamentos nacional-socialistas estaban al servicio del partido de gobierno y actuaban como ayudantes de campo del régimen para la movilización de las fuerzas económicas. La economía se plegaba a los objetivos de la política. El consejo fascista seleccionaba en segunda instancia los candidatos gremiales a la cámara para proponerlos en plebiscito. La jerarquía del partido y la burocracia gubernamental controlaban políticamente el ordenamiento corporativo.

Fue Gabriel D'Annunzio el precursor del corporativismo en la alborada de la Italia imperial, durante su regencia de Fiume. El poeta y condotiero promulgó la *Carta de las libertades del Carnaro* con cierto dón premonitorio o anticipación profética de las nuevas corrientes sociales y políticas que iban a prevalecer luego. La espléndida forma del texto no disminuye su originalidad y su fuerza. D'Annunzio establece diez corporaciones autónomas y a la vez subordinadas al principio estatal. Es obligatorio inscribirse en ellas. El trabajo es deber social y solo los productores tienen la plenitud de la ciudadanía. Las corporaciones son organismos de derecho público y cada una representa y agrupa un circuito profesional de oficios afines.

La concepción danunziana recoge los principios corporativos y pluralistas. El gobierno se apoya en la potencia del trabajo productivo y tiene variadas formas de autonomía. Existe en la *Carta del Carnaro* la descentralización funcional y el predominio de los elementos profesionales, en las tareas encomendadas al parlamento y en los privilegios de las corporaciones. Establece un sistema bicameral. El Consejo de los Optimos y el Consejo de los Previsores. El primer cuerpo legislativo se elegía por el sufragio popular y tenía una función política. El segundo se componía de representantes designados por las corporaciones, patronos y obreros. Cada cámara tiene su competencia privativa. La sindical se ocupa del trabajo, la industria, el comercio y la hacienda pública. La política tiene a su cargo el régimen administrativo, los reglamentos civiles, la policía, la defensa y las relaciones exteriores. Reunidas, forman el *Arengo del Carnaro*, el consejo nacional con poderes constituyentes.

Portugal está organizado dentro de esas mismas pautas. Su constitución declara que es una república unitaria y corporativa, con participación de todos los elementos estructurales del país en la vida administrativa y la factura de las leyes. Hay una cámara profesional compuesta por personeros de las autarquías locales y los intereses sociales. Simultáneamente funciona una cámara de representantes de orden político. El partido nacional y el sistema de corporaciones se mueven aparte en órbitas propias.

El doctor Oliveira Salazar, místico de los números y de las realidades, en cuyo espíritu se decantan las utopías, no quiso crear un Estado en el aire. No es un nefelibata, habitante de las nubes. Por eso se abstuvo de aplicar con rigor el régimen corporativo, porque estima que los supuestos nacionales no lo permiten aún. No existe una república corporativa, sino un movimiento preliminar hacia ella, un estado de espíritu dentro de formas todavía vagas. El profesor de Coimbra confiesa que ensaya con lentitud y cautela organismos "precorporativos", antes de estructurar estamentos típicos.

El Estado corporativo presupone un avanzado desenvolvimiento económico, la presencia de la industria pesada, la demarcación muy neta de clases y profesiones. En este país de desarrollo combinado y economía semi-colonial, los grupos sociales no están muy definidos, ni clasificados los oficios. Es ciertamente un pueblo agrícola y pastoril. El auge industrial apenas

comienza. No existe una concentración capitalista, ni el fenómeno de proletarización de las masas, ni el trabajo especializado. Por eso es tan tenue el ordenamiento horizontal en profesiones y vertical en clases.

Nuestras corporaciones son apenas embrionarias. Las entidades patronales, industriales, mercantiles y agrarias, están comenzando a crecer. Los sindicatos de trabajadores, que a veces han tenido una fuerza expansiva por el estímulo del poder, son en su mayoría organizaciones de tipo gremial, no industriales. El obrero de las fábricas constituye un porcentaje pequeño dentro del proletariado urbano y rural. Somos todavía artesanos y labradores. Estamos más próximos al idilio medioeval de los oficios que al industrialismo contemporáneo, con sus peculiares problemas económicos y sociales.

Por ello resulta tan arduo formar una cámara profesional o corporativa, con participación auténtica de las fuerzas productoras. Podría adoptarse, sin embargo, una fórmula mixta y hacer un ensayo mesurado, dándole representación a las regiones y a ciertos núcleos profesionales de diverso orden. Las agrupaciones económicas no son las únicas que deben intervenir en la organización estatal. También hay valores culturales y morales. En la cámara corporativa podrían tener asiento y cupo las universidades, el ejército, la iglesia, la industria, el comercio, la agricultura y el trabajo.

Cabría modificar la construcción doctrinal y el vocabulario de la reforma. En lugar de hacer la exégesis del corporativismo, cuya nomenclatura se presta a muchos equívocos, podría llegarse a las mismas conclusiones por el método de la representación de intereses, menos orgánica, pero más adecuada a los datos inmediatos del país.

En los Estados Unidos, ante el tráfico de influencias y la presión que ejercitan en los pasillos parlamentarios los grupos particulares de intereses, se ha propuesto legalizar el *lobby*. Es decir, que en vez de dejar que las asociaciones de productores, las hermandades ferroviarias, los manufactureros, los granjeros, la legión americana, el consejo federal de las iglesias, el comité ejecutivo de los servicios públicos, las federaciones de trabajo y múltiples organismos, hagan su ofensiva de trastienda y antecámara sobre el congreso, para inclinarlo a favor de sus exigencias espirituales o materiales, esas fuerzas tengan parte activa

y cierta responsabilidad en la gestión administrativa y legislativa del Estado. Hay un amplio movimiento en pro de la ingerencia de los grupos profesionales en la vida pública, pese a que agencian intereses parciales y contrapuestos. La representación funcional parece inevitable.

Sólo que resulta problemática la apoliticidad de esos delegados gremiales. Aquí la política es la gran pasión nacional, como en España las corridas de toros. Hemos dicho que por la presión de los odios ancestrales y la virulencia pasional de la lucha, entre nosotros hasta el teorema de Pitágoras se carga de intenciones de partido. Por eso nuestro pronóstico es que cuando las corporaciones vayan a elegir sus personeros en la cámara gremial, se romperán entre conservadores y liberales. Vendría entonces la misma representación política con distinto mote.

En el excelente testimonio de Barthou sobre el político se cuenta la fallida experiencia de una cámara técnica, cuando en 1919 fue relevada la mayoría del personal parlamentario. Los viejos políticos, llenos de sabidurías y trucos, eran mirados con recelos. Los noveles diputados preparaban sus exequias y pronunciaban oraciones fúnebres sobre esos prestigios difuntos. Se veía en la representación de los gremios el elemento activo de la regeneración nacional. Pero los técnicos, esperados con impaciencia y saludados con entusiasmo, liquidaron la ingeniosa fórmula del parlamento profesional. El político obtuvo su revancha.

IDEARIO DE ALZATE AVENDAÑO

NOTA DEL RECOPIADOR

En frases breves, llenas, con vida propia, Gilberto Alzate Avendaño condensaba su pensamiento. Las que se insertan en seguida, que podrían denominarse sus aforismos o proverbios políticos, fueron extractadas de sus numerosos escritos de distintas épocas, y clasificadas por orden alfabético de temas. JLLP.

CONSERVATISMO

Este país tiene una mística "conservadora", no en el sentido del credo político de ese nombre, sino como ritmo interno y aversión a los saltos súbitos. Quizás el fenómeno se explique por ser este un país de mayorías rurales, sedentario, aposentado sobre los contrafuertes andinos.

Lo anacrónico en el partido conservador no es su concepto jerárquico y orgánico de la sociedad ni su tradición autoritaria, sino sus complicidades liberales. La colectividad conservadora profesa ante la economía y el Estado un liberalismo ortodoxo.

El partido no es patrimonio privado de nadie ni puede parcelarse entre séquitos personales.

La unidad conservadora que las masas anhelan y que a la postre van a imponer, es un proceso que debe partir de abajo hacia arriba y de la periferia hacia el centro.

La unión no puede hacerse sino en torno a una política.

Darle a la revolución un sentido espiritualista y cristiano, hacerla compatible con el mantenimiento de los cuadros y valores nacionales, proponer soluciones propias frente a los desvaríos demagógicos de la izquierda: esa es la misión presente del partido conservador.

Somos tradicionalistas revolucionarios. Partiendo de unos principios perdurables, vamos en busca de un orden social nuevo dentro de la comunidad nacional.

El conservatismo no tiene unidad coral sino sinfónica, en que los diversos instrumentos y notas obedecen al conjuro de la misma batuta.

Estática en la apariencia del rótulo, nuestra colectividad no vive empero a la defensiva, ni tiene un miedo sistemático ante el fluír de las cosas, aparejando novedades y determinando reajustes. Advertida de que las sociedades en crecimiento se desbordan de las instituciones que las contienen, va incorporando a su acervo doctrinal nuevas nociones, ampliándose en empresas, cargándose de futuro.

DEMOCRACIA Y ELECCIONES

El pueblo, rey de burlas, no llega al escenario histórico con la institución parlamentaria. El ciudadano cumple el rito dominical del voto, con desgano o transitoria pasión, para regresar luego a sus preocupaciones y conflictos vitales que la política no toma en cuenta.

El pueblo es un pobre soberano cautivo que no piensa sino en abdicar.

¿Qué se entiende por democracia? Nadie sabría precisar su significado. Es un balón verbal, un poco de viento sonoro, un *flatus vocis*.

Los más antagónicos sistemas tratan de justificarse detrás de la mitología democrática. Simultáneamente se declaran demócratas el régimen soviético, la monarquía inglesa, el frente popular francés, la plutocracia yanqui y los estados totalitarios de Europa.

La sedicente tradición democrática del país no es más que una historia clínica.

Los colombianos aceptan los hechos dictatoriales, siempre que estén amparados en un artificioso lenguaje curialesco. La dictadura misma no los subleva, sino su rótulo.

DESCENTRALISMO

El país no es homogéneo. Hay que respetar el hecho diferencial de las grandes regiones, no confundiendo sus demandas de autonomía con un exabrupto lugareño sin raíz en la historia.

La nación colombiana no está constituida por una ley geográfica sino por un destino histórico.

Los departamentos se han vuelto entidades pedigüeñas, limosneras, ávidas, que buscan su desarrollo en los auxilios del parlamento y la benevolencia de los poderes centrales.

La república unitaria no está en debate, sino que es una forma definitiva de organización política. Dentro de la unidad nacional consolidada, hay que atemperar el rigor de un centralismo todopoderoso, para que las comarcas recobren o mantengan su vida floreciente, con estímulos financieros y libertades administrativas.

DOCTRINA SOCIAL-CATOLICA

El mundo moderno no tiene sino dos polos de gravitación: Roma y Moscú.

Hay que sacar de las canteras católicas los sillares de la ciudad futura.

A la conciencia católica repugna que un individuo, un alma, se encuentre convertido en instrumento servil del proceso económico.

La Iglesia no considera el trabajo como una mercancía inerte, sino como algo que suda, que padece y que piensa.

En la teoría del bien común de Santo Tomás la propiedad es más un deber que un derecho.

Las tesis de las encíclicas hay que acogerlas con el compromiso de que se encarnen en obras.

Frente al problema que plantea la presencia de las masas en el escenario histórico, no hay retirada o evasión para el cristiano.

Un vigía de occidente ha exclamado con voz que tiene el encrespado acento de los profetas: "Cristianos: ¡volved a las catacumbas! ¡Comienza nuevamente la lucha por la fe!".

La sociedad debe fundarse sobre una interna estructura cristiana, que reemplace el desorden establecido y destituya de su primacía un régimen social inhumano, cuyos postulados se encuentran en los antípodas de la cruz.

El bien común no se refiere a una categoría de privilegiados, atrincherados en su caudal como en plaza fuerte, sino a la masa íntegra y a la plenitud de sus derechos espirituales, económicos y políticos.

ECONOMIA Y TRABAJO

La realidad colombiana no se encuentra en una docena de ciudades consumidoras, sino en la riqueza que mana de las aldeas, en las labores terrícolas.

Basta leer el periódico para darse cuenta de la desigualdad ante la ley que existe entre el proletariado industrial y los asalariados del campo, porque el oportunismo de los gobiernos busca halagar la demagogia urbana y convertirla en clientela electoral.

Las minorías dirigentes ignoran que salirse de la tierra es un descarrilamiento histórico.

La tierra tiene hambre y sed de justicia.

Un plan agrario de gran estilo sería parcelar latifundios, ampliar el crédito, llevar la asistencia médica a los campos, fomentar la enseñanza rural, racionalizar la producción, proteger los artículos de consumo interno con tarifas de aduana, crear

cooperativas y elevar el nivel humano de los campesinos. Es un programa ideal mínimo para las derechas nacionales.

La vida nacional está puesta bajo el signo de Ceres.

Yo entiendo una huelga al modo de Mirabeau, como la expresión del poder del pueblo que para ser formidable, no necesita más que permanecer quieto.

Al amparo de un sistema proteccionista, el país comienza a desarrollar las manufacturas, dejando de ser solamente mina, cafetal y dehesa, en un estado primitivo de la economía. No se trata de crear un privilegio para unos pocos, sino de obtener los máximos dividendos nacionales, capacitar al país para que se baste a sí mismo, incrementar el mercado internacional, aumentar la oferta de trabajo y explotar los recursos naturales del territorio.

El régimen plutocrático, que se funda en incentivos de lucro y convierte al hombre en un instrumento servil del proceso de producción, ha desatado los antagonismos de clases y sumido en un desespero nihilista al oscuro montón de los de abajo.

Mientras el sindicalismo revolucionario se afinca sobre la noción de la lucha de clases y es una escuela activa del comunismo, en nuestra concepción democrática ortodoxa se parte de la colaboración de las clases y el concierto de los dos elementos de la producción, capital y trabajo.

El sistema corporativo descansa sobre dos ideas matrices: la intervención del Estado y la necesidad de estructurar orgánicamente la economía del país.

Mientras no se lleve a cabo una reforma corporativa del Estado, el único *status* posible es la libertad sindical.

Más que en los camaradas criollos, que viven de los intereses de "El Capital" y apenas han tenido en ciertas centrales obreras una trastienda, la quinta columna comunista está en la miseria y angustia de las masas, que es su caldo de cultivo específico.

La beatería democrática cree que puede desterrar al comunismo con discursos y medidas policíacas. Eso es miopía. Muchas iniquidades han hecho estallar la lucha de clases.

El régimen conservador tiene en su haber una serie de realizaciones: los seguros sociales, las parcelaciones, el incremento

de viviendas obreras y campesinas, la medicatura rural, el salario mínimo vital y la participación de los obreros en los beneficios de las empresas, acreditan una política social responsable. Pero es necesario que ese ritmo de avance no se detenga.

Colombia no es todavía fábrica sino taller y sementera.

EL ORDEN

Cuando el virus de la facción conduce a las gentes al desvarío, actúa a la postre como fagocitosis la voluntad de convivencia, un oscuro instinto del equilibrio social.

Nosotros le declaramos la paz al gobierno y estamos dispuestos, por piedad patriótica y responsabilidad política, a contribuir al desarme de los espíritus y los brazos, para que el país recupere los supuestos de la vida civil y el disfrute de una libertad tranquila.

EL PENSAMIENTO BOLIVARIANO

La inteligencia de Bolívar no era un yerto almacén de nociones, sino un ígneo laboratorio donde la vida suministraba las materias primas.

Simón Bolívar inaugura una alborada histórica, un ciclo diurno en el amorfo continente que sale de la nebulosa de su destino y se ordena en patrias, bajo la radiante voluntad del héroe.

El régimen de Bolívar se asemeja a la dictadura romana y al consulado napoleónico, que también sobrevinieron después de volcánicas sacudidas internas, como curvas de empalme entre la revolución y el orden.

En el pensamiento bolivariano existe un hontanar de aguas vivas para irrigar la nacionalidad. Bolívar significa el clima histórico, el sentido trágico de la vida, la noción dinámica de la patria, la autoridad ante la anarquía, el orden contra la revolución, el destino superior frente a la vacua rotación de los días, la historia y no la anécdota.

El Libertador, lo mismo promovía el congreso de Panamá para fundar un derecho americano que proyectaba la federación de los Andes, como una constelación política con Colombia en el centro.

El país no puede restaurarse mientras no regrese al orden bolivariano. Cuanto se aparte de sus rumbos es extravío.

Bolívar representa un designio histórico. Su tesis era una república orgánica e imperial. En el Libertador aparece por primera vez un sentido total de la nación.

EL POLITICO

Quienes tienen almas de lugartenientes nunca podrán ejercer una jefatura en propiedad. Ningún sacristán llega a cura. El político de misión nunca repta como una lombriz terrestre.

No existe retirada para el político, que espera siempre.

Yo vuelvo a la política porque soy un hombre público y no un animal doméstico.

GOBIERNO Y ESTADO

En Colombia, como en los demás países indolatinos, el reparto funcional del gobierno en tres potestades, según la fórmula de Montesquieu, es un simulacro jurídico... Esa equivalencia o simetría resulta ficticia. El ejecutivo, con los máximos atributos, ocupa el vértice del poder.

En América, el presidente es un dictador legal, colmado de prerrogativas y recursos. En la escena política no hay más protagonista. El parlamento, al fondo, actúa como una vociferante comparsa.

La vida colectiva fluye sin tasa y busca cauce, imponiendo un continuo reajuste en la estructura del Estado.

Las dolencias públicas no se curan con cataplasmas verbales sino con una cirugía de hierro.

Las complejas atribuciones del Estado moderno demandan una burocracia de expertos.

Las derechas aspiran al gobierno del Estado no como un botín, sino como una herramienta de historia.

Aunque no lo crean los liberales supérstites de todos los partidos, en las encíclicas se preconiza tan perentoriamente la intervención del Estado, que después de ellas, según Georges Go-

yau, no puede darse católico no intervencionista, sino, a lo sumo, intervencionista de mal humor.

Decía Bolívar que la excelencia de un gobierno no reside en su teoría, ni en su mecanismo, sino en ser compatible con el alma profunda de la colectividad.

Cada nación tiene un genio propio cuya peculiaridad deben expresar las instituciones, so riesgo de convertirse en una inerte y pesada estructura que sofoque la vitalidad del país.

El régimen parlamentario, sometido a la compacta contraofensiva de los hechos, se bate ahora en retirada. Cada vez la institución parece más averiada y decrepita.

Cada país engendra su propia constitución, según el ritmo de su crecimiento, la formación de su economía, sus tradiciones espirituales y sus constantes históricas.

Las leyes pueden ser estructuralmente perfectas, pero resultan inocuas y vanas si no se encarnan en hechos y adquieren la categoría de formas vivientes.

El país está atiborrado hasta el tope de incisos y párrafos. Desde la patria boba, no hacemos más que producir leyes en serie y cortarles al Estado trajes a la medida.

La clave del problema radica en la disociación entre las instituciones y las costumbres, entre las leyes y los hechos, entre la letra y el espíritu. La ley se obedece, pero no se cumple, como hacían los virreyes y oidores con las premáticas reales.

El parlamento luchó primero contra el derecho divino de los reyes. Ahora tendrá que hacerlo contra el derecho divino de la burocracia. Los funcionarios lo menosprecian en nombre de la técnica.

Las agrupaciones económicas no son las únicas que deben intervenir en la organización estatal. También hay valores culturales y morales. En la cámara corporativa podrían tener asiento y cupo las universidades, el ejército, la iglesia, la industria, el comercio, la agricultura y el trabajo.

Ante la gente alelada, ávida de creer en algo, el técnico aparece como el mago de otras épocas, revestido de un poder taumatúrgico sobre los elementos, que oficia en los sublimes

misterios de una ciencia esotérica, en medio de un profuso acopio de números cabalísticos.

Planificación es ahora el término maestro, la palabra clave, el nuncio verbal de la salvación y el rescate. Es la buena nueva, la esperanza casi escatológica del advenimiento del reino anunciado por los profetas de la técnica.

Cada estado engendra su propia forma. No se le puede llevar a un taller de reparaciones para que lo ajusten y transformen los técnicos. No existe una técnica para formar pueblos, ni organizarlos sobre planos cuadriculados.

LA JUVENTUD

Las juventudes no pueden permanecer estáticas, rumiando sus sueños. Su deber es bajar a la calle, donde las muchedumbres esperan voces de alborada.

Si algún sentido tiene mi presencia en la política, es facilitar una transmisión del mando a la gente nueva, y la formación de una clase dirigente menos deformada por el estilo electoral y más en consonancia con las exigencias de nuestro tiempo.

La juventud no se deja catequizar por ningún régimen, ni capitula ante la ortodoxia en armas de la sociedad tutelar. Ella es disidente, aventurera y anárquica.

Las nuevas gentes no se insertan en el ámbito mental de los mayores, que hallan ajeno y hostil, sino que quieren cumplir su horóscopo, creando un mundo propio sobre los escombros del orden antiguo.

LA PATRIA

Es preciso ir realizando en la vida la porción de ideal que taxativamente permitan las circunstancias. No podemos arar nubes, porque es sobre el limo terrestre sobre el que ha de surgir la patria futura, raíz y flor de la voluntad.

La patria no es un mito histórico, sino algo tan concreto como la carne.

LA RAZA

El mestizaje no suma sino que resta, no multiplica sino que divide.

LA POLITICA

La voluntad de poder es el *pathos* de la política. Spengler la definía como un anhelo de ser historia para los demás, en vez de padecer la historia ajena.

Las ideas van en breves cápsulas, como las balas y los alcaloides.

El reuma y la arterioesclerosis han sido en Colombia certificados de idoneidad para el servicio público.

En política no se trata de preconstituír pruebas y coartadas ante la posteridad, sino de intervenir pertinazmente en el destino de un pueblo, que todos los días se forja.

La historia no alberga a los vencidos.

La política no es una esgrima de salón, ni un ajedrez dialéctico, sino un conflicto de poderío, un campear sin tregua, una "agonía" en el sentido clásico de lucha.

La substancia del fenómeno político está en la voluntad de dominio, que lubrica y mueve todos los goznes del sér. Hay en esta pasión primaria una especie de embriaguez infusa, un júbilo de afirmarse y crear.

En un plano de valores sociales lo que no es avance es retroceso.

La política se nutre de sentimientos. Las ideas influyen cuando se cargan de potencia emotiva.

"La política es el destino", según Napoleón. Ella interviene en todo, en lo que pensamos y en lo que comemos.

Se hace política o se la padece. La única alternativa es ser su actor o su víctima.

En esta éra del hombre social, rodeado de sus semejantes por todas partes, nadie puede buscar un lugar en las afueras de la comunidad y confinarse en el interior de sí mismo.

La política está llena de vaivenes y paradojas. Las presuntas apostasías de ayer se convierten de súbito en la ortodoxia actual.

Nuestra política necesita residencia en la tierra. Es menester hincarse en ella, descender de las nubes metafísicas y la abstracción exangüe hasta el puchero del pobre.

Hoy el acento de la política recae sobre lo social.

Antiguamente, bajo el absolutismo monárquico o bajo la primacía burguesa, tan deteriorada por estas calendas, se podía hacer una política de minorías egregias, ocupadas en servir los designios del soberano o los intereses de núcleos oligárquicos, sin tener en cuenta la turba proletaria. Pero ahora está presente el pueblo, el montón oscuro y formidable que hace la historia.

Es preciso resolver el dramático desespero de los de abajo, sus miserias, sus ansias contenidas de una vida mejor. Solamente así se atempera la lucha de clases y se superan los antagonismos económicos de una sociedad dividida.

LA REVOLUCION

La revolución no puede pararse porque se suicida.

Al período revolucionario sigue la etapa constructiva en que la revolución tiene que desmovilizarse para dar paso a la nueva legalidad que brota de ella.

No hay nada más tremendo que las revoluciones de izquierda hechas por temperamentos de derecha, ni nada más débil que los gobiernos de derecha regidos por temperamentos de izquierda.

Nadie sabe en qué consisten ni donde están la reacción y la revolución, la derecha y la izquierda. Esas clasificaciones simples están sobrepasadas por una realidad compleja. Constituyen una nomenclatura arbitraria, una etiqueta provisional que no se ciñe exactamente al contenido de las cosas que nombra.

No siempre la revolución tiene un compás catastrófico. Puede ser en ocasiones la vehemente sacudida hacia un orden nuevo, más humano y más justo.

LA TRADICION

Hay que conservar del pasado las esencias pero no ese aluvión de palabras e imágenes muertas que se depositan en el cauce de la historia.

La tradición fluye. Alguien advertía que ella no es un “estado” sino un “proceso”.

Cada pueblo tiene ciertas constantes históricas, una especie de *leit motiv* en su ritmo interior. Cuando las normas que rigen el proceso colectivo se desarticulan y el país marcha al azar, el yacente espíritu nacional se endereza y provoca un renacimiento.

Tradicición significa transmisión. Como en todo legado, es preciso inventariar y deducir el pasivo.

LOS PARTIDOS

La lucha por el poder plantea un dilema insobornable a los partidos. Ante ellos el camino político se bifurca. Son dos métodos, el legal y el extralegal. Las urnas o la insurrección. No existe un tercer término, una ruta intermedia, una bisectriz.

Una simple oposición fonética solo produce desgastes nerviosos. La ciudadela del poder no se rinde con cartuchos literarios de fogueo ni con salvas orales.

Las fuerzas políticas no quieren ser ya un repertorio de fórmulas administrativas sino que aspiran a implicar una concepción de la vida y del mundo.

El área ideológica de los antiguos partidos está rebasada. Se necesita un reajuste para dar cabida a los nuevos hechos sociales y adecuarse a su dinámica.

Los partidos son agencias de colocaciones para su respectiva clientela.

Los partidos han asistido a la vida, pasión y muerte de sus verdades.

El liberalismo aparece como abogado de la libertad y el conservatismo como defensor del orden. La controversia radica en el primado de uno de estos sustantivos abstractos. Es una lucha sobre aumentativos. Más libertad. Más orden. Es una cuestión de dosis.

Las demarcaciones ideológicas de los partidos han perdido sus contornos netos, sus mojones divisorios, para tornarse área común. Lo que antes era línea de separación es ya punto de contacto. El lindero se ha vuelto medianería.

El funcionamiento y ritmo del estado liberal exige el pluralismo de partidos, que se relevan por turnos en el poder, con una mecánica pendular.

Los partidos están formados, no tanto por credos cuanto por un aluvión de sentimientos, fidelidades y mitos. Más que contrapuestos programas son una antítesis pasional.

En cada partido no se empadronan los individuos sino los linajes.

El elemento generador de los partidos es siempre afectivo.

No un antagonismo de ideas sino los trémulos rizados de una bandera, una frase enfática, un nombre, un pronombre, una interjección, han suscitado la histeria de las guerras civiles y encendido las fogatas del vivac.

Más que conflicto de ideas, separan a los partidos tradicionales, humores y léxicos incompatibles.

Las doctrinas expiran en el umbral de los hechos.

REVISION DEL LENGUAJE POLITICO

Unas cuantas palabras elementales y anodinas pueden inflamar el corazón combustible de las muchedumbres y determinar una mitología popular mejor que la más armoniosa doctrina.

Todos los conceptos y maneras de pensar han envejecido enormemente. No tienen significado en la actualidad. Menos sobre el futuro. Las nociones y los términos tienen que ser revisados.

Es preciso regresar a un ascetismo del lenguaje, desinflar las palabras, fijar su contenido y revisar los *slogans* que disponen de nuestras pasiones y nuestras vidas. Solamente así se desembarazaría el tráfico mental de oquedades dialécticas y cadáveres verbales.

Un desorden profundo se ha apoderado de los espíritus. Los hombres hablan las mismas palabras sin entenderse, porque cada una ha perdido su significado original, su peso específico.

El mundo atraviesa por una crisis verbal y una anemia de vocabulario, sin que la inquietud del tiempo presente encuentre las metáforas nuevas, el verbo que la encarne.

Hay signos verbales desgastados por el uso, que mantienen empero cierta carga de energía, vigor emotivo y prestigio mitológico. Así pasa con la palabra "revolución".

UNIVERSIDAD Y CULTURA

Poco vale cargar al hombre de fardos intelectuales, si ese saber no se absorbe hasta consubstanciarse con el sujeto, dándole una disciplina interior y sirviéndole como vía de comunicación con el mundo.

El proceso orgánico de humanización se llama "cultura".

Cultura es lo que nos queda después de haber olvidado todo lo que aprendimos.

También integran la cultura el misterioso manantial de los sentimientos, las ideas y palabras que van en la sangre, la presión de las emociones hereditarias y la persistencia de una memoria más profunda que la vida.

Ya no queda tiempo para los ocios dialécticos, para los lujos y devaneos de la inteligencia, para la amable cetrería mental de salón, cazando al vuelo ideas elusivas y metáforas fortuitas. Todo diletantismo es inmoral y sinvergüenza.

El pensamiento tiene que tomar partido en esta lucha feral, ponerse al servicio de la vida y mantenerse en dura vigilancia guerrera.

La traición de los intelectuales no consiste en enrolarse en las comunes tareas humanas, sino en ser simples espectadores de un mundo que quiere sobrevivir y no puede hacerlo sin su socorro.

La ingente fábrica mental del ciclo moderno cruje sobre sus goznes. Es imposible predecir cuánto dure el movimiento sísmico, pero resulta evidente que el hombre no podrá volver a instalarse en el mansurrón idilio burgués anterior a la catástrofe.

Frente a la cultura, que es una piel, la ilustración no es más que un traje de luces.

En lugar de formar élites, minorías rectoras, altas inteligencias responsables, la universidad se ha concretado a lanzar una emisión anual de diplomas.

Un aprendiz de marxismo diría que detrás de un abogado, para que obtenga su congrua subsistencia, hay más de veinte artesanos y labriegos sudando plusvalía.

El actual tipo genérico americano no tiene inteligencia creadora ni ordenadora. Su exuberancia mental corresponde también al espejismo de la manigua.

EN YO MAYOR

Vivir no es yacer.

La naturaleza no produce titanes en serie.

Yo siento al mundo como contraparte.

Soy mejor chofer que conductor.

El abuso de la pipa y de la lectura orientan mi vida hacia la de un filósofo contemplativo.

Lo que más temo en el mundo —después del santo temor de Dios— es convertirme en un burgués satisfecho.

Soy bachiller y doctor. Todo el mundo lo es, en este país, mientras no se demuestre lo contrario.

Mi capital productivo lo llevo conmigo a todas partes. Es esta cabeza, de la que se han caído el pelo y las ilusiones.

Aunque yo soy la primera generación literaria de la familia, en mi estilo vital existe una influencia atávica que me lleva a entender que la vida es milicia.

Meterse con mi honor es una aventura peligrosa y probablemente trágica.

Yo soy un barco que se hunde con las luces encendidas.

ELEGIA DE GILBERTO ALZATE

De: EDUARDO COTE LAMUS

*La muerte no contaba entre tus planes:
la usarías después. Por el momento
importaba la estrategia, el gesto,
saber que los actos no son más
que la fuga del tiempo y las palabras
el avance de los días.*

*La afirmación, el nó, el fundamento
de tus pasos, el poder que no tuviste
y te negaron, la suela de tus zapatos
que no sabía huír, el noble arco
de los sueños sobre tu cabeza
eran tu vida, tu libertad, tu altanería.*

*Donde estabas mejor era en el pueblo
y bien querías el consuelo de la justicia.
Entre tus manos,
abiertas y aceradas, había mandatos
para cumplir, órdenes para dar,
saludos para entregar,
y la firmeza empuñada que hacía de tus manos
el comienzo de la espada.*

*Yo te recuerdo en las dificultades
porque eras más tú en tus palabras.
Yo te recuerdo con los brazos caídos
buscando una solución a tu esperanza.
Hacías entonces, siempre, una autocrítica:
formabas los actos en orden de batalla
y les mandabas a pelear con tus fracasos.*

*Sabías ser un amigo: contigo se contaba.
Tu corazón de pan ya no estará
al alcance de tus amigos;
tu corazón igual a la bondad
y cada vez más encendido.*

*En tus ojos había cosas contrarias:
la orden implacable y la ternura,
tu ternura de ciervo, tu ternura para siempre.
Y en tu boca el humor para alegrar los labios
o como una serpiente convertida en fusta.*

*Cuando subías a la tribuna, el lenguaje era en tu boca
el comienzo del fuego,
un río como el Atrato con un fondo de oro:
torrencial en el lomo,*

con platino en el subfondo
y con esas canoas de troncos dolorosos
que andan río arriba con el negro en la popa
en el pecho del agua hundiendo el canaleta.

Tu espalda nunca tuvo cicatrices
porque contigo la cosa era de frente.
Eras lo que se llama un hombre:
palabra empeñada y sin regreso.
Por eso tus amigos
detrás de tí sabíamos que no había cuartel
en la amistad ni en los fracasos.

Se ensañaron contigo. No te fué fácil la vida.
Un odio feroz, alimaña gigante,
rufián incalculable,
te persiguió, te ultrajó, no te dió tiempo
para llegar hasta tus sueños.

Como puede la luz rodar por los montes
se regó por Colombia la noticia.
Por todas las aldeas los campesinos vieron
cómo el trigo tenía un pan amargo,
cómo el vivac del maíz palidecía,
cómo el sauce en el río era más triste:
los dejaste sin tierra y sin banderas.

Lo que no podías hacer era morirte
porque alguna vez tenías que salir ganando.
Mas tu destino estaba en tus derrotas.
Y ahora, con la rabia y con el alma,
todos los que te seguíamos,
sabemos que es difícil comenzar nuevo partido.

Adiós potro valiente, brazo alerta,
mariscal rampante, Gilberto compañero.
Eras como si el aire fuese una campana.
Eras una suprema voluntad de espacio,
y un silencio desierto de las cosas
me hace decirte que tus huesos
no tengan nunca paz sino batalla.

